

LO QUE **NO DEBE** DECIRSE

4

**ALBERT
CAMUS**

recopilado y traducido por
JUAN MANUEL MOLINA



¡ESPAÑA LIBRE!

la linterna **sorda**

¡ESPAÑA LIBRE!*

**(ARTÍCULOS, DISCURSOS Y DOCUMENTOS SOBRE EL
PROBLEMA ESPAÑOL)**

Albert Camus

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

1913. – 7 de Noviembre. Nacimiento de Albert Camus en Mungovi (Argelia).

1930. – Cae gravemente enfermo atacado de tuberculosis.

1932. – Hace sus estudios superiores en la Facultad de Letras.

1934. – Ingresa en el Partido Comunista.

1935. – Obtiene el título de Licenciado en Filosofía y Letras.

1935. – Se ocupa del Hogar de la Cultura, en cuyo seno funda el Teatro del Trabajo, donde actúa como autor, compositor y escenarista.

1936. – Viaja por Austria, Praga e Italia.

1936. – Ruptura definitiva con el Partido Comunista.

1936. – Obtiene el diploma de Estudios Superiores sobre Neo-Platonismo y Pensamiento Cristiano.

1937. – Por razones de salud pasa una temporada reposando en Italia.

1937. – Se instala en Alger. Es nombrado profesor en Sidi-Bel-Abbés, pero no acepta.

1938. – Hace su entrada en el periodismo en “Alger Republicano”, ocupando todas funciones, desde la crónica literaria al editorial.

1939. – Se presenta a filas y es rechazado por el Consejo de Revisión.

1940. – Es expulsado de Alger. Se traslada a París donde entra en calidad de Secretario de Redacción en “París Soir”.

1941. – Éxodo, con “París Soir”: Clermont-Ferrand, Burdeos, Lijon.

1942. – Regreso a Francia, donde entra en el Movimiento de Resistencia “Combat”.

1944. – Es nombrado Redactor-Jefe de “Combat”, periódico clandestino.

1952. – Ruptura con Jean Paul Sartre.

1952. – Camus dimite su cargo en la U. N. E. S. C. O., como protesta por el ingreso en su seno de la España franquista. Insurrección en Berlín Este. Camus toma posición a favor del Movimiento.

1956. – Insurrección en Hungría, sofocada por el Ejército motorizado ruso. Camus invita a los intelectuales europeos a que alcen recurso ante la O. N. U.

1957. – Le es concedido el Premio Nobel de Literatura.

1960. – 4 de Enero. Muerte de Albert Camus en un accidente de automóvil.

OBRAS DE ALBERT CAMUS

1936. – *La révolte dans les Asturies*. Obra teatral. Editorial Charlot.
1937. – *L'Envers et l'Endroit*, ensayos. Editorial Charlot.
1938. – *Noces*, ensayos. Editorial Charlot.
1942. – *L'Etranger*, narración. Editorial Gallimard.
1942. – *Le Mythe de Sissiphe*, ensayos. Editorial Gallimard.
1943. – *Lettres à un ami allemande* (publicado clandestinamente). Editorial Gallimard.
1944. – *Caligula* (obra teatral en 4 actos). Editorial Gallimard.
1944. – *Le Malentendú* (obra teatral 3 actos). Editorial Gallimard.
1945. – *Remarques sur la revolte et l'existence*, estudios. Editorial Gallimard.
1947. – *La Peste*, narración. Editorial Gallimard.
1948. – *L'Etat de Siège* (obra teatral que la sitúa en España). Editorial Gallimard.
1950. – *Les Justes* (obra teatral en 5 actos). Editorial Gallimard.
1950. – *Actuelles, I*, crónicas. Editorial Gallimard.
1950. – *Le Minotaure*, ensayos. Editorial Charlot.
1951. – *L'Homme Révolté*, ensayos. Editorial Gallimard.
1953. – *Actuelles, II*, crónicas. Editorial Gallimard.
1954. – *L'Eté*, ensayos. Editorial Gallimard.
1956. – *La Chute*, narración. Editorial Gallimard.

1957. – L'Exil et le Royaume, novelas. Editorial Gallimard.

1957. – La Paine Capitale, en colaboración con Koester. Editorial Calman-Levy.

1958. – Discurs de Suède al recibir el Premio Nobel. Editorial Gallimard.

1958. – Actuelles, III, crónicas. Editorial Gallimard.

1962. – Carnets, I, (diario). Editorial Gallimard.

1962. – Carnets, II, (diario). Editorial Gallimard.

1965. – Ouvres completes, dos grandes tomos en la colección de Inmortales de "La Pléiade" de la Editorial Gallimard.

Ha hecho numerosas adaptaciones teatrales de Calderón, Lope de Vega, Faulkner, Dostoiivski, etc., que se representan en las escenas de muchos teatros en el mundo.

Una cantidad considerable de artículos en "Combat", como editorialista, antes y después de la Liberación y en diversos periódicos y revistas, así como infinidad de discursos, prólogos de libros, etc., mucho de ellos inédito como la mayor parte de los textos que presentamos a los lectores en el presente libro.

ALGUNOS DE LOS ESTUDIOS CONSAGRADOS A LA VIDA Y A LA OBRA DE ALBERT CAMUS

Maurice Blanchot: Le Mythe de Sissyphe et le Roman de l'Etranger, 1943. Editorial Gallimard.

Jean Paul Sartre: Explication de l'Etranger, 1943. Editorial Gallimard.

Louis Thorens: A la Recontre d'Albert Camus, 1946. Editorial Bruselles.

André Rousseaux: Albert Camus et la philosophie du Bonheur, 1949. Editorial A. Michel.

Walter Strauss: Albert Camus Caligula, 1949. Editorial Cambridge.

Varios: "Esprit", número especial dedicado a Camus, 1950.

Robert de Luppé: Albert Camus. Editorial du Temps Présent, 1951.

Roger Quilliot: Albert Camus; la mer et les prisons, 1956. Editorial Gallimard.

Esta obra importante contiene una bibliografía completa de todas las traducciones de las obras de Camus a otros idiomas.

C. Cl. Brisville: Camus, 1959. Editorial Gallimard.

Albert Maquet: Albert Camus ou l'invincible été, 1956. Editorial Debresse.

M. Bjuström: Albert Camus, 1958. Editorial Stockholm.

Henry Bonnier: Albert Camus ou la force d'être, 1959. Editorial Vitte.

Gabriel Marcel: L'heure théâtrale, 1959. Editorial Plon.

Robert Champigny: Sur un héros païen, 1959. Editorial Gallimard.

A. Hourdin: Camus la Juste, 1960. Editorial du Cerf.

Ses amis du Livre: A Albert Camus, 1962. Editorial Gallimard.

Morvan Lebesque: Camus par lui-même, 1963. Editorial Du Senil.

Casi todas las revistas francesas más importantes le han dedicado números especiales: "Esprit", "La Table", "La Nouvelle Revue Française", "Preuves", "La Revue de l'Histoire et du Théâtre", etc.

Innumerables artículos y estudios en periódicos, revistas y toda clase de publicaciones. Existen varios discos en los que Albert Camus mismo, Dominique Blanchard, María Casares, Michael Bouquet y Serge Regiani, recitan extractos de sus obras.

ALBERT CAMUS**

La muerte trágica de Albert Camus nos ha dejado perplejos y ha sembrado la consternación en la parte más esclarecida de la sociedad contemporánea.

A pesar de las divergencias que entre algunos conformistas suscitaba su actitud indomable contra todos los totalitarismos, su desaparición ha producido un clamor unánime de desconsuelo.

Un accidente trivial y estúpido nos ha arrebatado una de las inteligencias más extraordinarias del siglo, cuando estaba en plena madurez y en disposición de enriquecer una obra ya excepcional.

Con la muerte de Albert Camus tenemos la sensación de que el mundo ha quedado huérfano. Su presencia nos hacía sentir la seguridad de que no estábamos solos; que estábamos protegidos y acompañados por él a todas horas. Toda una generación que ha sufrido en sus carnes los horrores de la guerra, de los campos de exterminio, de las torturas policíacas, de las persecuciones y del exilio, tenía en él su más puro exponente y su defensor más apasionado.

El enorme peso de su prestigio universal y de su extraordinaria personalidad de periodista, de autor dramático, de novelista y de ensayista, lo ponía ardientemente al servicio de todas las causas nobles, de todos los pueblos sojuzgados por las dictaduras, de todos los oprimidos por el colonialismo, de todos los rebeldes perseguidos. En cualquier parte del mundo en que se cometiera una injusticia y un atropello, Camus era uno de los primeros en denunciarlo y en hacer la cálida ofrenda de su fraternal solidaridad. Su prosa escueta y luminosa tenía siempre un eco resonante en grandes masas de opinión y una audiencia indiscutible en los espíritus más claros y rectos de nuestro tiempo.

“No hay nada que justifique el crimen y la injusticia”, -decía- y su conciencia pura se rebelaba desesperadamente contra el fascismo español, contra las abominables masacres de Budapest, contra la guerra de Argelia, contra las persecuciones y contra la mentira. En mítines, en conferencias, en artículos y hasta en obras teatrales como “La révolte des Asturies” y “L’Etat de Siege”, sonaba su voz generosa. Su pluma y su palabra estaban siempre prestas para apoyar todas las campañas humanitarias y todas las protestas justas.

Con el viejo libertario Andre Breton y Jean Paul Sartre fue uno de los animadores de la escuela existencialista hoy adulterada por una bohemia, moralmente cochambrosa, pero en su iniciación tuvo grandes resonancias en las

juventudes intelectuales del mundo, que adoptaron a Camus como inspirador y guía. El mismo Sartre del que se hallaba separado desde la adhesión de éste al comunismo hasta los sucesos sangrientos de Budapest, ha dicho que Camus encarnaba la historia de Francia y del siglo.

Su aparente retiro en la última época, que algunos escritores suspicaces le reprochaban, no era tal. Después de obtener la más alta consagración universal con el premio Nobel a los 44 años, ha seguido luchando por la justicia y la verdad. En el libro que hoy ofrecemos a los lectores hay escritos suyos recientes y, por si esto no bastara, sus frecuentes viajes a Argelia, para gestionar indultos y aliviar la suerte de procesados y condenados, demuestran que Camus no había abandonado su misión humanista.

El contacto con viejos militantes anarquistas durante su epopeya de "Combat" lo marcó para el resto de su corta vida y ha esmaltado todas sus obras con influencias de esa elevada concepción. En "L'Homme revolté", que es el ensayo histórico y filosófico más logrado que se ha escrito en los últimos decenios, todos los problemas sociales y humanos son examinados de una manera profunda y torturante, para arrojar luz sobre ellos y perfilar las condiciones necesarias que posibiliten soluciones a la honda crisis en que se debate el mundo actual. ¡Lástima grande que su pérdida nos haya privado de otras obras más completas y maduras que sin duda nos habría ofrecido!, pues una promesa representaba su declaración: "Mi obra está aún por hacer".

Asociado a nosotros los españoles por las ideas y por la sangre, -su madre era española de Baleares- con nosotros ha sufrido la tragedia de nuestra derrota, el calvario de nuestra emigración y el dolor inmenso de nuestro pueblo. Y con nosotros ha alentado los fugaces resplandores de nuestras esperanzas.

Siempre a nuestro lado ¡y de qué manera!

En las páginas que siguen -entre tantas- hay un acta definitiva de acusación al franquismo y un mensaje ardiente de estremecida adhesión a la España libre.

Que hable Camus para todos y especialmente para ejemplo de esas nuevas promociones intelectuales de España, bastante desorientadas, tímidas y vacilantes, que parecen ignorar este aspecto de Camus que es el que más lo dignifica y engrandece.

NUESTROS HERMANOS DE ESPAÑA

En esta guerra europea que comenzó en España hace ocho años, no podrá terminarse sin España. En la Península se notan síntomas de agitación. De nuevo la voz de los republicanos españoles se manifiesta por las ondas. Ha llegado la hora de que volvamos nuestra mirada a ese pueblo sin par, tan grande por su corazón como por su altivez, cuyo mérito no ha disminuido ante la faz del mundo, desde la hora desesperada de su derrota.

Al principio de esta guerra ha sido elegido el pueblo español para ofrecer a Europa el ejemplo de las virtudes que debieron haber logrado su salvación. A decir verdad, fuimos nosotros y nuestros aliados quienes lo elegimos para ello.

Por esto es por lo que muchos de nosotros, desde 1938, jamás hemos pensado en ese país fraternal sin experimentar una secreta vergüenza. Vergüenza por partida doble: primeramente, por haberle dejado morir solo y segundo, cuando nuestros hermanos, vencidos con las mismas armas que habían de aplastarnos a nosotros más tarde, han reclamado nuestra ayuda les hemos ofrecido los gendarmes para guardarlos a distancia. Los que llamábamos entonces nuestros gobernantes inventaron pretextos para esta dimisión. Según los días aplicaban la "No-intervención" o el "realismo político". ¿Qué podía pesar ante estos términos imperiosos el pobre concepto del honor?

Pero ese pueblo, que encuentra tan naturalmente el lenguaje de la grandeza, apenas se despierta de seis años de silencio en la miseria y la opresión, se dirige a nosotros para liberarnos de nuestra vergüenza. Como si comprendiera que era él el llamado ahora a tendernos la mano. Ahí lo tenemos enteramente en su generosidad, sin pena ni dificultades, encontrando con justeza lo que precisaba decir.

Ayer en la radio de Londres sus representantes han dicho que el pueblo francés y el pueblo español tenían en común los mismos sufrimientos; que los republicanos franceses habían sido castigados por los falangistas españoles, así como los republicanos españoles lo habían sido por fascistas franceses y que, unidos por el mismo dolor, esos dos países debían estarlo mañana en el disfrute de la libertad.

¿Quién de nosotros puede ser insensible a ese gesto? ¿Y cómo no proclamar aquí, tan alto como sea posible, que no podemos volver a incurrir en los mismos errores y que los españoles son merecedores de nuestro reconocimiento y de

nuestra ayuda para liberarse a su vez? España ha pagado ya el precio. Nadie puede dudar que ese pueblo ardiente está dispuesto a volver a empezar la sangría. Corresponde a los Aliados el evitarlo, economizando esa sangre tan pródiga y ofreciendo a nuestros camaradas españoles la República por la cual tanto han luchado.

Ese pueblo tiene derecho a la palabra. Que se le dé, siquiera sea un momento y se elevará en una sola voz para gritar su desprecio al régimen franquista y manifestar su pasión por la libertad.

Si el honor y la fidelidad, si la desgracia y la nobleza de un gran pueblo son razones que justifican nuestra lucha, reconozcamos que ellas rebasan nuestras fronteras y que, nosotros mismos, no nos podremos considerar victoriosos en tanto que esos principios sean hollados en la España dolorida.

Combat, 7 de septiembre 1944.

LOS REFUGIADOS ESPAÑOLES

En estas mismas columnas hemos expresado ya lo que debemos a nuestros camaradas de España. Creíamos de nuestro deber que eso debía ser dicho, porque ellos habían sido los primeros en entrar en ese silencio que las doctrinas fascistas han iniciado en 1938 a hacer pesar sobre Europa. Seguimos pensando que nuestra lucha es la suya y que, nosotros, no podemos ser felices ni libres mientras que España siga esclavizada y martirizada.

Por estas razones nos produce sorpresa el trato que se aplica a hombres que han merecido siempre la libertad. Cuando hablamos de los españoles es porque los conocemos bien. El trato que se les dispensa no es digno y nosotros queremos unir nuestra protesta a la de la Comisión de Justicia del C. N. R., ante el Ministro responsable.

¿Qué sucede? ¿Se pretende, por el simple juego de cualquier reglamento, concentrar de nuevo los republicanos españoles en un cuartel de París o de evacuarlos hacia provincias donde se encontrarán sin medios de ganarse la vida?

Antes de nada quisiéramos refrescar la memoria de los faltos de imaginación. En 1938 los que calificamos de refugiados, nombre que entonces ignorábamos el sentido aplastante que habría de tener más tarde para nosotros,

fueron, en su mayoría, encerrados en campos de concentración. Durante la guerra hicimos de ellos trabajadores forzados.

El régimen de Vichy superó ese innoble proceder, exigiendo de esos hombres la sumisión o la muerte. Los trabajadores españoles debían trabajar para Alemania o ser entregados a España. Una buena parte de ellos ganaron el *maquis* y se batieron por nuestra libertad que, con una obstinación digna de mejor suerte, pensaban que era batirse por la suya. Otros, en las ciudades se procuraron falsa documentación lo que les permitió escapar al control de los alemanes y el resto ha trabajado para los ocupantes.

Hoy se pone orden en todo eso. Es decir que los republicanos que gracias a los certificados alemanes, falsos o verdaderos, tienen su situación regularizada son concentrados en el cuartel Kellerman o rechazados a otros departamentos. En cuanto a los combatientes del *maquis* son los que, justamente, se encuentran en la más irregular de las situaciones, ya que no solicitaron acogerse al orden alemán. Pueden, por consiguiente, ser detenidos en cualquier momento.

Hace seis años que dura esa vida. Para esos hombres no ha habido solamente la derrota y el exilio. Han sufrido también seis años de humillaciones y de decepciones. Sabemos el mal que ha hecho cierta propaganda en el espíritu de algunos franceses. Y por esto queremos proclamar muy alto que esos hombres nos han dado los primeros un gran ejemplo de coraje y de dignidad y que somos nosotros los que habríamos de sentirnos orgullosos de tenderles la mano.

Lo único que se opone a ese sentimiento elemental es de orden administrativo. Pero el problema que se nos plantea no es de orden administrativo. Es un problema de corazón. Y si los reglamentos administrativos no corresponden a esas exigencias profundas, el problema es simple: hay que cambiar los reglamentos antes que modificar lo más mínimo la deuda de reconocimiento que tenemos hacia España.

Ayer pensábamos en esto a la salida de una proyección de "Sierra de Teruel", el film emocionante de Malraux sobre la guerra de España. Habríamos deseado que todos los franceses vieran el rostro de ese combatiente y de ese pueblo sin igual unidos en el mismo heroísmo y en el mismo sacrificio. Para que podamos merecer el título de gran nación es preciso que sepamos reconocer la grandeza y saludarla donde se encuentre. No puede existir una persona digna de ese nombre que ayer no hubiera sentido su corazón oprimido anta las imágenes de esta lucha de antemano desigual, pero jamás resignada.

Sabemos muy bien que no se puede a la vez recibir al embajador de Franco y rendir justicia a los hombres que él ofende. Pero nosotros declaramos que hay que elegir. No es posible eludir un deber imperioso so pretexto de reglamentos absurdos. Si las oficinas se obstinan en ignorarlos, entonces sería necesario destruir las oficinas a fin de evitar que nos coloquen en la situación miserable de un país que exalta la República y la libertad persiguiendo a los más grandes y sinceros de sus defensores.

Combat, 5 de octubre 1944.

LA SITUACIÓN ESPAÑOLA

Franco continúa en el poder. Espera seguir en él y, no consiguiéndolo con sus amigos tradicionales, trata de hacerlo con el apoyo de las democracias. Habla de la España falangista como de una “democracia orgánica”, y ha tenido la idea de un “bloque católico”, en el que España sería participante. Con ello cree hacer bastantes concesiones para reclamar un puesto en la Conferencia de la Paz. Ha pretendido que las naciones que han sabido mantenerse en paz han de ser consideradas más aptas para entender en los problemas que plantea la paz misma.

Simultáneamente se iniciaban relaciones para formar un Gobierno de transición. El mismo Franco se ha ofrecido, en vano hasta ahora, al partido monárquico, mientras en París, Miguel Maura se decía mandatario de los republicanos españoles para entrar en contacto con el Caudillo.

Frente a Franco están los republicanos españoles y los Aliados, que han adoptado una actitud ambigua y se relacionan diplomáticamente con España. Monseñor Spelmann utiliza su crédito en favor de Franco, y los conservadores británicos esperaron las proposiciones del dictador para negarle todo derecho moral a participar en la Conferencia de la Paz.

Al mismo tiempo los Aliados favorecen la oposición republicana. La noción de democracia falangista sólo halló en ellos un eco de incredulidad. Y se deja que la Prensa y ciertas personalidades subrayen que España no estuvo nunca en paz, ya que por su no-beligerancia ha retenido divisiones francesas en su frontera, ha combatido contra Rusia y aprovechó la difícil situación de Inglaterra para modificar por un golpe de fuerza el Estatuto de Tanger.

Diversas fracciones de opinión republicana-parlamentaria, movimientos de

izquierda republicana y, sobre todo, organizaciones sindicales, C. N. T.-U. G. T., niegan a Unión Nacional el derecho de hablar en nombre de todos. La principal razón que aducen es la presencia en la O. N. U., de hombres del antiguo régimen que tienen algo que ver en la represión de Asturias en 1934.

En todo caso hay más probabilidades de que la unión de los republicanos se haga en torno a Indalecio Prieto, que está en México. Todo esto no impide que los republicanos preparen al unísono la caída del régimen franquista y que se asombren de la incertidumbre de la política Aliada.

Como se ve todavía hay Pirineos. Si hemos de desear que no los haya, habremos de convenir que no será posible hasta el día en que España, sea nuestra amiga. Preguntan algunos lectores el motivo que tenemos para dar esta interpretación a los asuntos de España. Es preciso tomar partido en ciertos casos; y si Francia se ve obligada hoy a guerrear contra el fascismo, ha de hacerlo totalmente o no hacerlo. Queremos que nuestras informaciones sean objetivas; pero en un problema en que el honor de los pueblos libres coincide con el interés de Francia, no debemos permanecer neutrales.

No tenemos por qué intervenir en los asuntos de España. Creemos incluso que los republicanos españoles han de calibrar el momento oportuno para actuar con seguridad. Pero también sabemos que una presión política Aliada bastaría para apresurar la caída de Franco y evitar que se derrame la sangre de uno de los pueblos más generosos de Europa. Y sería una cobardía no hacer lo posible para evitarlo.

Nada perdería Francia. Los únicos amigos que tenemos en España son los republicanos. Pero son los más en número. Entre estos hay seiscientos cuarenta mil que no olvidaremos jamás. Hace seis años que viven desesperadamente en las prisiones franquistas. Los españoles han conocido, como nosotros, la desgracia de luchar sin esperanza. Ellos y nosotros hemos entrado en una comunidad espiritual y cordial que no se eclipsará jamás. No queremos amistades de las que no podamos sentirnos honrados y esta amistad con España nos honra tanto como nos obliga. Francia republicana no puede tener dos políticas, puesto que no tiene más que una palabra.

Combat, 21 de noviembre 1944.

VIVENCIA DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

Algunos periódicos anunciaron ayer, con exagerada precipitación, la dimisión del general Franco. En materia de información no hay que ceder a sus deseos y fundarse previamente en la autenticidad. Anoche en un despacho, la Agencia Reuter declaraba estar autorizada para desmentir el acontecimiento. El general Franco no había dimitido, estaba de caza.

Es evidente que el régimen falangista no queda reducido a la Península ni es menos evidente que Francia no puede desinteresarse de ese problema. Ya hemos expresado con qué espíritu y con qué corazón nos pronunciamos por la República española. En estos momentos en que se plantea para España el problema de su forma de Gobierno, quisiéramos añadir algo más a nuestros argumentos.

La actual situación de España nos recuerda en muchas cosas nuestra propia situación. Pero la gran diferencia consiste en que España ha conservado un Gobierno constitucional. El Gobierno republicano de Francia abdicó ante Vichy y los alemanes en 1940. Remitió sus poderes y renunció a todos sus derechos. Al contrario, la República española no ha dejado de existir jamás en derecho. Fue desposeída por la fuerza, pero para todo espíritu democrático su existencia legal sigue en pie.

El resultado es que teóricamente España no tendrá necesidad de realizar una revolución para constituir su Gobierno. Este existe y espera la oportunidad de normalizar su actividad. Constitucionalmente bastaría que el señor Martínez Barrios, Presidente de las Cortes, actualmente en México, volviera a Madrid y constituyera el nuevo Gobierno, para que la República española fuera de hecho lo que jamás ha dejado de ser de derecho.

Si es verdad que esta guerra es la guerra de las democracias, la conclusión es fácil de establecer. Para nosotros solo debe existir un Gobierno español: el resultante de un voto popular regular, único soberano en lo que afecta a los asuntos de la Península. Si es verdad que esta guerra es la de las democracias Franco no ha existido jamás y nosotros debemos ignorarlo.

Ese es el principio que afirmamos y que defenderemos siempre. Lo natural sería que el señor Churchill, que ayer declaró su preferencia por los gobiernos regulares, adoptara este punto de vista. El día que todos los Aliados reconocieran a la faz del mundo que el Gobierno republicano español es el que realmente representa a España, ese día se disiparían las dudas, se acabaría al malestar y la

liberación de España no se haría esperar.

Pero sobre este problema capital es necesario también que los republicanos españoles nos ayuden. Pueden hacerlo, dando cuerpo, lo más rápidamente posible a ese Gobierno legal que se trata de hacer reconocer por el mundo. Pueden hacerlo reuniendo las Cortes sin más dilaciones y reclamando de los Aliados el respeto y la consagración de la legalidad constitucional.

La República española no está por construir. Existe. Ha sobrevivido a la derrota, pues ha tenido la dignidad de no aceptarla jamás. Le falta, con su esfuerzo y con el de sus amigos, el ocupar la plaza que le corresponde, ofreciendo al pueblo español esa justicia y esa libertad que no ha dejado nunca de merecer.

Combat, 10 de diciembre 1944.

¡CONCIENCIA!

No habrá Europa en tanto que haya Franco; tal es, al menos, mi opinión. Porque no hay unidad posible allí donde la conciencia está desgarrada. Y gran ofensa a la conciencia europea es el mantenimiento de una dictadura ilegal y sangrienta por las mismas naciones que pretendían y pretenden todavía luchar contra las dictaduras.

Los Estados Unidos quieren oponerse al comunismo sosteniendo a Franco. Pero todos los que conocen España saben que el comunismo nunca ha tenido en ella ninguna posibilidad real. El país de la sensualidad y del orgullo no podía acoger profundamente una doctrina en que la razón es deificada y el individuo sometido al proceso histórico. Desde hace tiempo, sin embargo, el mantenimiento cínico de Franco y el trastorno que su impunidad ha producido en las conciencias ha permitido que el comunismo tenga una posibilidad en España: esta se llama "State-Department".

Por lo demás, para quien no nos ocupamos de estrategia, el problema se plantea de otra manera. Si no hay libertad no hay porvenir ni reposo posibles para cierto número de europeos, entre los que me cuento, en tanto que el más orgulloso de los pueblos sea mantenido en esclavitud y en tanto que el honor se concierta es escarnio en la misma tierra en que ha nacido.

C. N. T., 1944.

FRANCIA NO QUIERE NADA CON FRANCO

España se aleja. Hasta nosotros llegaban numerosos rumores. Ahora parece que todo ha entrado en la normalidad, lo que quiere decir, desgraciadamente, que Franco sigue todavía.

En realidad, las cosas son simples. El régimen falangista ha durado tanto como el de Hitler. Hace algunos meses Alemania estaba en pleno desastre y el régimen de Franco también. Alemania reacciona estas últimas semanas y el Gobierno hitleriano de España se fortalece. Esta comunidad en la desgracia o en la esperanza, este diapason político, esta misma curva de temperatura, debería iluminar a mucha gente de incurable ceguera.

Durante este tiempo, los medios de la emigración republicana tratan de definirse para actuar. El Parlamento español se ha reunido en México y al doctor Negrín se le ha prohibido hablar en Londres. Es verdad que ha tenido la incalificable audacia de afirmar que España no deseaba ninguna intervención Aliada y que sólo deseaba que cesara el apoyo diplomático que las Naciones Unidas prestan a Franco. Evidentemente tal actitud ofendía el buen sentido.

Hay que creer, no obstante, que el señor Negrín tenía razón, ya que Francia parece mezclarse ahora en el asunto. Se nos dice que el señor Mateu llega el miércoles a París con rango de Embajador de España falangista, cerca del Gobierno francés. El señor Mateu, que posee grandes intereses en la Sociedad Hispano-Suiza, cuyas referencias alemanas son bien conocidas, era el hombre de la situación. Pero si esto resulta verdad, diremos claramente que si él puede ser el personaje más digno para representar a un general, al servicio de los alemanes, no puede serlo para estrechar la mano de otro general que siempre ha estado al servicio de Francia y de la libertad.

La República francesa no tiene nada de común con la dictadura de Franco. Puede que sea justo el que no debemos intervenir en España. Pero el hecho de establecer relaciones diplomáticas aceptando a su representante y reconociendo la fuerza y la injusticia es una intervención. Nosotros tenemos otras tareas. Y si no somos capaces de borrar la vergüenza insoportable del Gobierno de Vichy, entregando a Companys y a otros muchos a los fusiles de la Falange, sepamos al menos callarnos y guardar la más neutra de las actitudes. Eso no representará un honor para nosotros, pero nos evitará una indignidad.

Se nos objetará que hablamos de España con demasiada pasión. Sí,

hablamos con pasión, pero hablamos también de justicia con pasión. Ante tanta tontería y tanta crueldad; ante la ceguera de los grandes y su política mezclada con sangre; ante tantos países sometidos a sangrientas y ridículas dictaduras ¿cuál es el hombre que puede hablar sin un estremecimiento de cólera y de pasión? Se nos dirá que existen poderosas razones que aconsejan el mantenimiento de relaciones con Franco. Pero nosotros no reconocemos otras razones que la palabra recta y la libertad del hombre. ¿Qué **Razones** pueden existir para que estrechemos la mano de un hombre que ha sido el cómplice de todo lo que hemos odiado y combatido?

Si América e Inglaterra no son capaces de juzgar una humillación que no han sufrido, sufrimientos silenciosos que les han sido ahorrados, por nuestra parte no podemos ignorarlos.

Somos los únicos en la Europa libre que podemos hablar alto. ¿Qué se espera para declarar terminantemente que no reconocemos al general Franco, que no lo reconoceremos jamás; que sólo reconocemos al Gobierno constitucional español, que se reúne en la legalidad y en la esperanza? La pasión se funde aquí con la razón y la verdad. Y no pondremos nunca la pasión que merece la defensa de una causa en las que nuestra razón y nuestra verdad están tan profundamente comprometidas.

Combat, 7-8 de enero de 1945.

EL ÚLTIMO GOBIERNO HITLERIANO

La Comisión de Negocios Extranjeros de la Asamblea Consultativa Francesa acaba de pedir la ruptura de relaciones diplomáticas con Franco. Por otra parte, Francia e Inglaterra se proponen revisar el Estatuto Tanger, que el dictador español había modificado unilateralmente en plena guerra, según sus procedimientos. He aquí nuevamente planteada la cuestión española.

Evidentemente habría resultado extraño que no se planteara ese problema. En esta hora en que los hombres libres del mundo celebran la derrota del fascismo, era necesario denunciar la paradoja que resulta que la Península Ibérica entera esté sometida todavía al régimen fascista, en medio de un mundo que parece encontrarlo natural.

Por lo tanto el problema es bien claro. Nadie puede ignorar que si Franco continua en el poder es por voluntad de los Aliados. Si los países vencedores

suprimieran todas sus relaciones con la España franquista, el régimen falangista tendría sus días contados. No es ningún misterio para nadie que la economía de ese régimen depende de los Aliados. Si se prolonga su existencia es porque no se hace lo necesario para que sucumba.

Y ahí está lo grave. Los Gobiernos Aliados, el francés entre ellos, se arriesgan a no ser comprendidos por los millones de hombres que han combatido por el principio mismo de la libertad. Se arriesgan a que se acredite la idea de que prefieren una dictadura, que está a merced de ellos, a una República que no sería de su gusto. En tal caso estarían en contradicción con los hombres que han pensado siempre que el fascismo debía ser destruido allí donde existiera, hasta su último reducto, comprendido el español.

Al menos no se exponen a estar en contradicción con ellos mismos, ya que lo están claramente desde ahora. No hay una sola línea de los discursos pronunciados durante el curso de esta guerra por los Jefes Aliados que no esté desmentido por la existencia misma del régimen franquista, ya que existe todavía ese rincón del mundo en que el espíritu mediocre y de crueldad triunfa; en que se fusila a pesar de las intervenciones francesas oficiales; en que se mantiene en prisión, desde hace muchos años, por crimen de esperanza a centenares de miles de combatientes. No es preciso que recordemos de nuevo lo que esos combatientes representan para nosotros. Parece evidente que los diplomáticos, a pesar de tantas hecatombes, no han variado nada de sus costumbres. En apariencia son sordos que no quieren oír.

Pero si los gobiernos aceptan fácilmente esas contradicciones, los pueblos no pueden aceptarlas hoy. Han pagado un pesado tributo por sus principios para resignarse a acomodarlos a una política de compromiso. Los mismos que rechazaron Munich y a los alemanes rechazan a Franco. Si es evidente que una guerra total debía desembocar en una victoria total, hay que declarar que nuestra victoria no será completa en tanto que España continúe esclava. La paciencia puede tener sentido en los despachos, pero no puede tenerlo para los que sufren en las prisiones de España, ni para los que acaban de vivir la interminable impaciencia de la derrota y de la servidumbre. Los pueblos comienzan a estar fatigados de la diplomacia secreta y reclaman que desaparezca el último Gobierno hitleriano de Europa o que los Aliados digan clara y limpiamente las razones de su indulgencia.

Combat, 27 de mayo 1945.

COREOGRAFÍA

Los asuntos no le van mal al dictador Franco. Desde hace tres meses sus relaciones con los Aliados han tomado la forma de un pequeño "ballet", cuya figura principal se repite monótonamente como un ritornelo popular. Uno de los Aliados se adelanta y significa al señor Franco que las democracias piensan seriamente en romper con su Gobierno. A su vez el señor Franco se adelanta tres pasos y declara que va a hacer de España el más democrático de los estados. Su intervención es tan ruidosa que ahoga los gritos de los republicanos que caen fusilados en los alrededores de Madrid. Las semanas pasan y en nada se modifica la política del Caudillo. En ese momento se adelanta otro Aliado y el "ballet" continua.

Sin duda alguna esta insoportable coreografía acaba de adquirir un estilo más cerrado. El embajador de los Estados Unidos en Madrid, Mr. Norman Armour, ha notificado al jefe del Estado español que sus vagas reformas son insuficientes y que sería necesario disolver la Falange. ¿Pero quién ignora que tales advertencias son ilusorias? Aún admitiendo que Franco se incline es bien evidente que sus concesiones son más espectaculares que reales. ¿Qué importaría la disolución de la Falange si sus jefes principales seguirían detentando los puestos claves del país; si su espíritu y sus métodos seguirían predominando en el régimen? Cuando en Francia el Segundo Imperio se declaró *liberal* bajo la presión de las circunstancias, no perdió su carácter cesarista.

Esa España tan generosamente abierta a los nazis, a los amigos del fascismo y cerrada herméticamente a todos los hombres libres y a sus propios hijos republicanos, es la que *aplicará las grandes reformas democráticas* del señor Franco. Mr. Norman Armour puede simular un ataque a ese mediocre vástago de los dictadores, pero eso no impedirá que la misión que tiene confiada por Washington constituya un medio para salvarlo.

La suerte de Franco reside en que la ideología pacificadora de las grandes democracias no está a tono con la acción que realizan. Se está en apariencia contra los principios, pero en buena disposición para tratar sobre buenos negocios materiales. Y esto resta mucha fuerza a los principios, pero conserva la condición inodora del dinero. Y a partir del momento en que se olvidan de encarnar y defender los ideales se produce la coexistencia de un idealismo perfectamente vano y un realismo perfectamente deshonesto.

La suerte del señor Franco consiste en que las Naciones Unidas le echan en

cara su indignidad y al mismo tiempo se muestran dulces y conciliadoras para obtener acuerdos económicos. Eso resulta poco serio. Nuestro ministro de Asuntos Extranjeros prepara a su vez un importante tratado comercial con España, lo que da a las declaraciones del señor Paul Boncour en San Francisco un eco singularmente falso.

Se nos dirá que no tenemos nada que ver con el régimen de un país extranjero. En efecto, nosotros no tenemos por qué imponer ni formas de Gobierno ni formas de constitución, pero podemos y debemos rechazar a un hombre y a un régimen que han hecho de España una colonia del Tercer Reich hitleriano y de la Italia de Mussolini. Podemos y debemos exigirlo por nuestra propia seguridad y, además, para que la moral sea un poco respetada.

Y para concluir: esta Francia, que acaba de salir de su aislamiento, no es exactamente la que nosotros habíamos deseado.

Combat, 7 de julio 1945.

EL FASCISTA Y TORTUOSO FRANCO

“Cuando ruge la tempestad resulta peligroso quedar a la intemperie”.

A los que juzgaran esta máxima de una prudencia elemental, aclaremos inmediatamente que tiene por autor a ese gran místico que reconoce con modestia y lenguaje simple, haber logrado fundir el problema nacional con el problema social bajo un imperio espiritual. Nos referimos al general Franco.

En el desconcertante discurso que acaba de pronunciar el Caudillo, lejos de fijar su mirada sobre la tierra española y los cielos eternos, parece no tener vista nada más que para el extranjero. Esa Rusia que detesta; esa Gran Bretaña de la que espera tanto. Sabe claramente que su suerte será discutida en Potsdam, y sabe también, que la política extranjera de los conservadores ingleses tiende a mantener las ventajas adquiridas. A las novedades insólitas, a las experiencias arriesgadas, Inglaterra prefiere indiscutiblemente todo lo que más se asemeja al pasado. Puesto que Inglaterra no ha regateado su apoyo a las monarquías mediterráneas, conviene alinearse en su campo. No podemos apreciar todavía lo que vale ese cálculo ni en qué medida hallará auditores complacientes. Moscú observa una actitud

intransigente. Washington queda a la expectativa.

De momento conviene registrar que no se trata de substituir el régimen franquista por una monarquía. El señor Franco se cree con derecho a conceder la realeza como Luis XVIII otorgó la Carta. No manteniéndose él en el Poder, sino, con toda seguridad, manteniendo esa maravilla de Occidente que representa el régimen del cual es el principal artífice. Su discurso a este respecto no deja lugar a dudas. El señor Franco ha dicho muy cuidadosamente: "No se trata de cambiar el Mando de la batalla o de hacer substituciones que el interés de la Patria no aconseja, sino, al contrario, de consolidar el régimen, de asegurar su sucesión ante las vicisitudes de la vida". Este pasaje de su discurso y el que hace referencia a las seguridades que da a la Falange, son las dos solas manifestaciones de franqueza de su discurso. El resto oscila entre la idiotez y la mala fe.

¿Quieren algunos ejemplos de ello?: "El hombre tiene para nosotros un valor sobrenatural y, precisamente, cuando se le arrebatara ese valor se le transforma en un siervo, en un objeto explotado". Conforme a esta doctrina el señor Franco procura desembarazar a muchos de sus compatriotas de esa horrible vida física - que de tanta solicitud hace objeto sobre todo a los republicanos- para darles, en cambio, con infinita generosidad, la vida sobrenatural en la eternidad.

No, verdaderamente no puede resistirse el asco que produce el uso que se hace de palabras y de valores, como el espíritu, el hombre y hasta la tradición española. Temblamos ante la idea de que ese inmundo y solapado fascista, con su táctica hipócrita y tortuosa, encuentre medio de salvarse.

Mientras tanto, el pueblo español espera aquí, replegado sobre sí mismo, exiliado, pero sostenido por la esperanza. Sobre todo, no lo olvidemos en este trance.

Combat, 19 de julio 1945.

LEGITIMIDAD

El general Franco ha declarado oficialmente que España no ha reclamado ser admitida en las conferencias internacionales. Es verdad que el comunicado de Potsdam había precisado con anterioridad que no sería invitada, lo que anula el

valor de ese rasgo de independencia.

Para ser justos reconozcamos que no solamente el general Franco incurre en contradicciones. Al mismo tiempo que se desarrollaban las reuniones de Potsdam, Sir Víctor Mallet, el nuevo embajador inglés presentaba sus Cartas Credenciales al dictador español. Y sabemos de buena fuente que las inversiones de capitales americanos se prosiguen en la Península.

De todos modos, el problema español acaba de entrar en su punto culminante. La posición de Franco es muy difícil. Y aún resultaría más difícil si por una mano no se le retuviera mientras que con la otra se le empuja. Pero no comprendemos muy bien cómo ese sostén puede continuar sin el consiguiente escándalo para la moral internacional. Por esto la España franquista busca otros compromisos con tanto afán. Se habla de don Juan, pero es, seguramente, por afición a la leyenda. Informaciones recibidas suponen la formación de un Gobierno militar que prepararía elecciones, aunque mientras tanto se sigue condenando a muerte a muchos españoles republicanos.

Todo eso se comprende, pero volvamos a la lógica del aspecto constitucional del problema. El Gobierno legítimo de España, surgido de una consulta popular, fue eliminado por el golpe de Estado del general Franco. Actualmente está constituyéndose en México. Su legitimidad le viene de las Cortes, que representan la voluntad popular. De la reunión de esas Cortes, poniendo fin a la división de los republicanos, podría salir un nuevo Gobierno, el único que las democracias podrían reconocer, ya que sería el único calificado para proceder a una consulta popular legal. Si esa consulta demostrara que la Monarquía era deseada por los españoles, sería entonces y sólo entonces, cuando la Monarquía podría ser aceptada; aunque esto nos parezca muy dudoso. Pero la primera misión de las democracias consiste en reconocer a ese Gobierno constitucional, en saludar en él el principio de la legitimidad y en auxiliarle para restablecer, en fin, la libertad y el derecho de España.

Llegadas las cosas a este punto, conviene no olvidar que el excluido de los organismos internacionales ha sido Franco y no España. Ese grande y desgraciado país, por la gran lucha que ha sostenido en defensa de la causa común, por sus grandes y silenciosos sufrimientos, por su nobleza y por su ejemplo, ha conquistado ampliamente su puesto en el seno de la democracia internacional. Ante ella hará oír la voz del honor y de esa justicia en defensa de la cual ha derramado tanta sangre. Es una voz que los franceses comprenderán mejor que nadie, ya que pueden compartir con España los recuerdos en la desgracia y el

desgarramiento que produce la libertad perdida.

Combat, 7 de agosto 1945.

ESPAÑA CONTINÚA SIENDO PARA NOSOTROS UNA HERIDA SANGRANTE

El semanario “España Republicana” correspondiente al 29 de diciembre de 1945 publicó la entrevista de uno de sus redactores con Albert Camus que reproducimos íntegra.

Quedo un poco sorprendido, pues Camus en persona está frente a mí con el teléfono en la mano. Fino, el rostro alargado, los cabellos en desorden y la mirada de una extraordinaria vivacidad en este París de las grandes distancias y de la vida complicada.

Es posible que sea esta vida misma la que ha impregnado a Camus, pues no son sólo sus ojos luminosos, sino también su sonrisa, sus mismas frases y sus manos, siempre en movimiento.

Camus ha tenido una juventud difícil. Para hacer sus estudios ha trabajado en las más diversas profesiones: vendedor de accesorios de auto, comisionista marítimo, burócrata y actor, hasta llegar a su condición actual. Como tal ha viajado mucho.

Una vida así bastaría para dar personalidad a un hombre, si no llevara en sí su propia luz. Camus ha sido, además, una de las figuras representativas de la Resistencia de Francia.

Como puede ser considerado camarada por todos los españoles, y todos los que sufren al otro lado de los Pirineos pueden llamarle su defensor. Es lo uno y lo otro, con toda cordialidad, con una magnífica espontaneidad, sin la menor afectación.

Los problemas de España son para él problemas propios.

– Esto no es nada extraordinario -nos declara-, mi madre es española, de Baleares.

Camus conoce nuestro idioma, nuestros autores, nuestros grandes problemas de emigrados. Hay muy pocas publicaciones sobre España que, de lejos o de cerca no están más o menos inspiradas por Camus. Es incansable para hablar y escribir en favor nuestro. A pesar de sus muchas actividades aún le queda tiempo y amor para ayudarnos y preparar la edición de nuestros grandes poetas y escritores.

Camus no es solamente un gran escritor que ha triunfado, sino un gran escritor en toda la línea. "Calígula" es la obra teatral que más puede impresionar a un público. "El Extranjero" es uno de los libros que más hacen pensar en nuestros profundos problemas psicológicos. "El Mito de Sísifo" es uno de los ensayos que más pueden iluminarnos sobre los problemas del hombre.

Pero la gran obra de Camus es su cordialidad, nacida, como toda obra de arte, de la comunidad de sentimientos con los hombres. Por ello nuestra charla ha sido extensa y provechosa. Camus, que no es un optimista ve nuestras cosas con una clarividencia que asombra.

– Desde hace nueve años los hombres de mi generación viven la vida de España. Es como una herida que no se cierra. Por España hemos aprendido que puede tenerse toda la razón y ser vencidos. Por ello la guerra de España fue nuestra guerra, pues fue una guerra por la libertad.

Camus se expresa con frases tajantes que sus manos subrayan como signos de admiración:

– Aunque muchas de las crueldades de Franco nos hayan llegado a parecer como cosas naturales, después de lo que hemos visto y sufrido los franceses, hay, además, el espectáculo de una justicia sin reparación, el de la pasión de todo un pueblo. Por esto España continúa siendo para nosotros una herida sangrante que nos recuerda nuestra equivocación cuando pensamos que la guerra ha terminado, como nos equivocábamos en 1936 al no querer ver que la verdadera guerra comenzaba entonces.

– En lo que hace referencia a España nuestra indiferencia sería menos reprobable si tuviéramos la conciencia más tranquila. Franco mató a García Lorca, pero Francia dejó morir a Machado a la salida de un campo de concentración. Hasta que esa gran injusticia sea reparada los que hemos sufrido tanto por el asesinato de García Lorca y la muerte de Machado, no podremos recobrar la paz.

– Evidentemente tengo razones personales para esto. España es mi segunda patria

por la sangre, pues mi madre es española. En esta Europa avara, en este París en que la pasión es tenida por una idea ridícula, la mitad de mi sangre sufre por el exilio de la ha sido impuesto desde hace siete años y aspira a recobrar la sola tierra donde me siento plenamente yo mismo, el único país que sabe vivir una existencia superior al amor de vivir, a la desesperación de vivir.

– Pero no es por reacción personal por lo que España me interesa. Toda la inteligencia de Europa se interesa por España. Parece que Europa se da cuenta de que ese país está en posesión del secreto de una gran aspiración que se esfuerza por alcanzar a través de sus guerras y de sus revoluciones.

– ¿Qué sería de la prestigiosa Europa sin la pobre España? Las síntesis y las fórmulas que el Occidente trata de descubrir, desgarrándose. España las produce sin esfuerzo, pero no puede comunicarlas sin el drama de sus insurrecciones. Patria de las sublevaciones, sus grandes obras son grandes gritos desesperados hacia lo imposible. Cada una de sus obras acusa al mundo tanto como la glorifica.

– Pero el mundo, que no puede prescindir de España, la ignora de tal manera que apenas si queda lugar para el asombro. ¿Cómo aceptaríamos, si no el recibir de España solamente lo grotesco? Además, no solamente soportamos lo que es grotesco, sino que firmamos con ella tratados comerciales.

Camus sigue hablando con frases sincopadas. En este momento nos recuerda cuando hace poco tiempo lanzaba sus anatemas a los franceses que cambiaban su horror por algunos kilos de naranjas.

– Las gentes realistas nos dicen que eso no nos importa que no es cosa nuestra, que la democracia consiste en no ocuparse de los otros. Pues, bien, ¡no! Nosotros hemos aprendido que la democracia no tiene fronteras y conocemos mejor que ellos las realidades por las cuales hemos combatido. Hemos combatido para que los hombres libres puedan mirarse sin avergonzarse, para que cada uno pueda ser feliz, sin verse forzado a llevar la pesada carga de la humillación de los otros. ¿Qué hombre podrá sentirse libre mientras que esa tierra de libertad que es España continúe sojuzgada por la arbitrariedad?

– La libertad ha de ser para todos o para nadie. Cada vez que en cualquier parte del mundo se le carga a un hombre de cadenas, nos sentimos nosotros un poco encadenados.

– ¿El porvenir? No lo veo sonriente, pero lo veo seguro. España será libre. ¿Y, entretanto? Entretanto hay que demostrar, sobre todo a los americanos y a los realistas de todos los países que el único orden posible en España es el orden suyo, el orden republicano:

y que la sola forma de terminar con los extremismos que les asustan tanto es que en España y en otros países las gentes puedan ocuparse de su propia felicidad en lugar de acumular el odio y el rencor contra sus gobiernos fascistas y contra los que los toleran. Quiero, simplemente, volver a España, donde me sentiría en mi propia casa más que en parte alguna, pero adonde no iré hasta que el dominio de Franco haya desaparecido.

Evidentemente Camus puede tener la seguridad de que cuando Franco haya desaparecido de España los españoles que tanto le amamos haremos lo necesario para que se encuentre “como en su casa”. Y esto lo comprende él muy bien.

P. E.

ESPAÑA LIBRE

Hace nueve años que los hombres de mi generación llevamos España en el corazón. Nueve años que los españoles la llevan como una herida sin cicatrizar. Por ella han conocido por primera vez el sabor de la derrota y han descubierto, con una sorpresa indecible, que puede tenerse razón y ser vencidos; que la fuerza puede someter al espíritu y que, en muchas ocasiones, el arrojo y el sacrificio no son recompensados.

Ello explica, sin duda, el que tantos seres en el mundo hayan sentido el drama español como una tragedia personal. Algunos se han dado cuenta de que esta batalla era la primera de una guerra para la cual no estábamos preparados. Pero los mismos que no tenían el don de profetas tenían la angustiada sensación de que esta guerra era la suya: en la medida que representaba la lucha por la libertad. Nosotros la sentíamos en la lectura de los periódicos, aunque esos periódicos estuvieran cargados de mala voluntad para los combatientes. Había también muchas cosas de las que hoy no se habla nada y que eran entonces historia fresca y sangrienta. Nosotros, al menos, no hemos olvidado que la guerra civil española ha sido, en primer lugar, la rebelión de un general contra las instituciones libremente. No hemos olvidado que ese general ha lanzado contra el pueblo de su propio país las tropas moras en nombre de Cristo y las legiones italo-alemanas bajo la invocación de la España santificada.

En la dignificación que en 1936 conmovía nuestros corazones de improviso, latía el sentimiento de que acaba de cometerse una injusticia que debíamos hacer

desaparecer rápidamente si queríamos evitar que quedara en el flanco de Europa una llaga cuya podredumbre se iría extendiendo. Pero la injusticia debía, sin embargo, recibir la recompensa que le es siempre reservada en esta tierra. Las agencias publicaban al mismo tiempo los comunicados victoriosos de las escuadrillas italianas y alemanas y los del Comité de No Intervención. La República española, segura del derecho que le asistía, vacilaba en su fuerza y con la indignación y el dolor que nos invadía, nacía en nosotros esa extrañeza angustiosa que arrastramos durante tantos años, ante el espectáculo de una injusticia que adquiriría poco a poco las dimensiones desmesuradas de la Historia; que se encontraba sancionada a la vez por la derrota de un pueblo y la cobardía del mundo.

Algunas de las razones que la guerra de España nos ha dado posiblemente han desaparecido. La crueldad de esa lucha nos parece hoy casi natural, después de haber sufrido nosotros cinco años de violencias indecibles. Pero ahí queda claramente la pasión de un pueblo y el espectáculo de una injusticia que no se ha reparado. Las hostilidades han terminado; las tinieblas de la dictadura se han disipado, pero continuamos llevando a Europa en nuestro corazón. A un extremo del Continente un cuadro nocturno nos recuerda las razones de esta guerra y nos recuerda, además, que nos equivocamos creyéndola terminada, como cometimos el error hace nueve años de no creer que había dado comienzo.

Pero el valor derrotado y la injusticia consagrada por la Historia son lugares comunes en el mundo en que vivimos. Es posible que en lo que hace referencia a España nuestra indignación sería menor si nuestra conciencia estuviera más limpia. ¿Cómo puede estarla al pensar que no es sólo Franco el que ha de responder de muchos de los asesinatos que han conmovido lo que quedaba de la conciencia europea? La muerte de García Lorca nos parece menos insoportable que otras. En las circunstancias que hemos vivido, cada hombre libre se preguntaba si en breve se encontraría ante el pelotón de ejecución. Y lo peor es que seguimos ante esa amenaza durante ello es natural que cada hombre se prepara para esa eventualidad con el cálculo de su suerte y de sus convicciones. La muerte de Lorca estaba en el orden, en ese sucio orden en que vivimos desde entonces; y la ejecución de Granada anunciaba a los hombres que han penetrado en tiempos muy serios, es decir, en tiempos en que los poetas pueden ser fusilados por quienes no comparten sus ideas. Algunos de nosotros así lo hemos entendido y nos preparamos en lugar de lamentarnos.

Pero hay que reconocer que no estábamos debidamente preparados. Ha sido preciso ir más lejos todavía, participar en los asesinatos y ver morir a Antonio Machado en tierra francesa al salir de un campo de concentración (pues también nosotros teníamos nuestros campos). De Machado -y un día Europa podrá medir la grandeza de este nombre- si éramos responsables, como de todos los suyos que una gran parte de nuestra Prensa insultaba, mientras que nuestro Gobierno republicano los aparcaba rodeándolos de gendarmes odiosos. Unos años más y un paso más en la ignominia para entregar Companys a Franco para que lo ejecutara tranquilamente. Ciertamente eso lo hacía Vichy, no éramos nosotros. Pero nadie puede negarnos la idea de que una nación es solidaria de sus traidores y de sus héroes, pues de lo contrario no sería solidaria de nada. ¿Cómo podemos olvidar? Todo esto ha esmaltado de rojo y negro un rostro: el de España que lo llevamos en nuestro corazón y nunca podremos olvidarlo.

Por ello desde la caída de Barcelona existe en lo más íntimo de nosotros una ausencia, un vacío, una espera. En un mundo que se dice liberado, volvemos la mirada hacia ese país, pues él nos habla de injusticias y de remordimientos. Nosotros queríamos la paz, pero se nos niega. Nuestro corazón no estaría tan turbado si esa tierra esclavizada no fuera tierra de pasión y de grandeza. Indudablemente yo tengo mis razones personales para elección. Y en esta Europa avara, en este París que tiene de la pasión una idea irrisoria la mitad de mi sangre rumia el exilio desde hace siete años, aspira a recobrar la única tierra con la que me siento plenamente de acuerdo; el solo país del mundo en que se sabe fundir en una exigencia superior el amor de vivir y la desesperación de vivir. Pero no es ya solamente una razón personal lo que inspira esta esperanza de una España libre. Toda la inteligencia europea se vuelve también hacia España, como si presintiera que esta tierra miserable posee algunos de los secretos reales que Europa busca desesperadamente a través de guerras, de revoluciones, de epopeyas mecánicas y de aventuras espirituales. ¿Qué sería de la prestigiosa Europa sin la pobre España? ¿Qué ha inventado ella más estremecedor que esa luz poderosa y magnífica del verano español, donde los extremos se funden, en que la pasión puede ser goce y sufrimiento, en que la muerte resulta una razón de vivir, en que la danza va de lo serio a la despreocupación y al sacrificio, en que nadie es capaz de limitar las fronteras de la vida y del sueño, de la comedia y de la verdad? Las fórmulas de síntesis que el Occidente lucha por descubrir, España las produce con naturalidad. Pero no puede ofrecerlas sin el esfuerzo de las insurrecciones. Patria de revoluciones es el único país en que los anarquistas han logrado constituir una poderosa organización, cuyas más grandes obras son clamores hacia lo imposible.

Cada una de ellas es una acusación al mundo, al mismo tiempo que aspira a glorificarlo.

Europa y el mundo, con todo lo que necesitan inventar actualmente no pueden prescindir de España, aunque Europa y el mundo prescinden ahora y de una manera tan natural que nos resistimos a creerlo. Y por consiguiente es así. Y para nada aparentemente sirve el testimonio del hombre libre. La indignación se manifiesta en todos los tiempos. Desde hace doce años han aparecido numerosos padres Ubu y hemos comenzado a tomarlos a broma, pero han logrado poner en práctica sus mediocres locuras. Y esos padres Ubu han sido dueños y señores tanto tiempo, que a la hora de su fracaso, los hombres se encuentran cegados. Hemos de creerlo, puesto que permitimos que el último de ellos continúe su parada en el que fue el país de Cervantes. Desde hace siete años lo grotesco es el único producto español que puede manifestarse allí. Y nosotros que sabemos la importancia de lo grotesco, cuando se apoya en la policía, soportamos que pueda seguir tranquilamente oprimiendo a un pueblo de rebeldes, haciendo girar por encima de una España silenciosa los molinos de viento de la idiotez y de la crueldad. Y no solamente soportamos lo grotesco, sino que, todavía, firmamos tratados comerciales con esos personajes. Es que los franceses tienen hambre y el honor es muy poca cosa, cuando pueden obtenerse algunas naranjas. El penetrante perfume de esas naranjas se unirá con el recuerdo de Machado y de Companys. Peor si ese perfume termina por revolvernos el estómago.

¿Por qué enfadarse? Los realistas nos dicen que eso no nos importa, y que, al fin, no nos hemos batido por España sino contra Alemania. Al parecer la democracia consiste en no ocuparse de los otros. Pero ya hemos aprendido que la democracia no tiene fronteras. Despreciada en un lugar está amenazada en su conjunto. Y sabemos mejor que los realistas, que hemos combatido para que los hombres libres puedan mirarse a la cara sin avergonzarse, para que cada hombre libre lleve en sí su propia felicidad y sea su propio juez sin arrastrar el peso obligado de la humillación ajena. ¿Qué hombre puede sentirse libre, mientras que esa tierra de libertad sea dominada por la arbitrariedad? Cada vez que un hombre en el mundo es encadenado todos nosotros quedamos encadenados a él. La libertad debe ser para todos o para nadie. Esta es la sola forma de democracia que merece el sacrificio.

Aquí tienen, en las páginas siguientes, el mensaje y el testimonio de unos hombres que tienen la sensación de que no son completamente libres. Esta es la

obra de los que no han firmado tratados comerciales y que continuarán privándose de naranjas. Y, posiblemente su testimonio es simbólico. No puede ser de otra manera. Pero en este mundo desmemoriado no está de más que algunos hagan honor a la fidelidad. Es muy posible que con su ejemplo ayuden un día a que pueda perdonarse lo que, con la rabia en su corazón no han podido evitar.

¿POR QUÉ ESPAÑA?

Solamente responderé aquí a dos pasajes del artículo que ha consagrado usted a "L'état de siège" en las "Nouvelles Littéraires". No quiero contestar de ninguna manera a las críticas que usted y otros hayan podido formular a esta obra desde el punto de vista teatral. Cuando uno se decide a presentar un espectáculo o a publicar un libro se expone a ser criticado y se acepta la censura de su tiempo.

No obstante usted ha rodeado sus privilegios de crítico al sorprenderse de que el escenario de una obra teatral sobre la tiranía totalitaria lo haya situado en España, pues usted lo habría encontrado más natural que hubiera sido en uno de los países del Este. Y me cede definitivamente la palabra al escribir que hay en mi actitud una falta de valentía y de honradez. Es verdad que aún resulta usted demasiado bueno al pensar que yo no soy responsable de esta elección. Lo malo para usted es que la obra se desarrolle en España que yo solo he preferido y elegido, después de reflexionar la conveniencia de que, justamente, se desarrollara en España. Así, pues, he de aceptar, o cargar sobre mí, sus acusaciones de oportunismo y falta de honestidad. No debe extrañarle, pues, que en esas condiciones me vea obligado a responderle.

Por otra parte, es probable que no me defendiera contra sus acusaciones (¿Ante quién justificarse hoy?) si no hubiera usted aludido a un tema tan grave como el de España. No tendría necesidad de declarar que no he buscado halagar a nadie al escribir "L'état de siège". Mi deseo ha sido atacar de frente un tipo de sociedad política que se ha organizado o se organiza a derecha y a izquierda, de una manera totalitaria. Ningún espectador de buena fe puede dudar que esta obra toma partido por el individuo de carne y hueso, en lo que éste tiene de noble, de amor, terrestre, en suma, contra las abstracciones y los terrores del Estado totalitario, sea ruso, alemán o español. Muy graves doctores reflexionan cada día sobre la decadencia de nuestra Sociedad, buscando sus raíces profundas.

Esas razones existen indudablemente, pero para las gentes sencillas como

nosotros, el mal de la época se define por sus efectos, no por sus causas. Su nombre es Estado policíaco y burocrático. Su proliferación en todos los países, bajo pretextos ideológicos diversos, la insultante seguridad que le otorgan los medios mecánicos y psicológicos de represión, constituyen un peligro mortal para lo que hay de mejor en cada uno de nosotros. Desde tal punto de vista, la sociedad política contemporánea, cualquiera que sea su contenido, es despreciable. Yo no he dicho otra cosa y por ello "L'état de siège" es un acto de ruptura que no pretende justificar nada.

Dicho esto con toda claridad, ¿por qué España? Le confieso que siento un poco de vergüenza al formular, en su nombre, esta pregunta. ¿Por qué Guernica, Gabriel Marcel? ¿Por qué esa cita, en que por primera vez, ante un mundo todavía adormecido en su confort y en su miserable moral, Hitler, Mussolini y Franco han hecho una demostración a los niños de la técnica totalitaria? Si, ¿por qué esa cita que también nos concernía? Por primera vez, los hombres de mi edad se enfrentaban con la injusticia triunfante en la historia. La sangre inocente se derramaba en medio de una charlatanería farisaica que, desgraciadamente dura todavía. ¿Por qué España? Simplemente porque algunos de nosotros no nos lavaremos las manos con esa sangre. Cualesquiera que sean las razones de un anticomunismo -y yo las tengo muy buenas- no aceptaremos a nadie que se abandone a sí mismo hasta el punto de olvidar esta injusticia que se perpetúa con la complicidad de nuestros gobernantes. Yo he dicho lo que he podido, tan alto como me ha sido posible, lo que pensaba de los campos de concentración rusos. Pero no será esta actitud la que me hará olvidar Dachau, Buchenwal y la agonía sin nombre de millones de hombres, ni la atroz represión que ha diezmado a la República española. Si; a pesar de la conmiseración de nuestros grandes políticos, es todo eso lo que hay que denunciar en su conjunto. Y yo no podré nunca excusar esta peste sangrienta del Oeste de Europa porque haga estragos al Este, sobre mayores extensiones. Usted escribe que para los bien informados no es de España de donde les llegan en este momento las noticias capaces de hacer desesperar a los que no han perdido el gusto de la dignidad humana. Usted está muy mal informado, Gabriel Marcel. Ayer mismo, cinco hombres de la oposición han sido condenados a muerte en España. Pero usted está ya preparado a ser mal informado, cultivando el olvido. Ya ha olvidado usted que las primeras armas totalitarias han sido empapadas en sangre española; ha olvidado usted que en 1936 un general rebelde ha utilizado en nombre de Cristo un Ejército de moros para lanzarlos contra el Gobierno legal de la República española, haciendo triunfar una causa injusta después de matanzas inauditas y, desde entonces, realiza una atroz represión que dura diez años y que no ha terminado todavía. Sí, realmente, ¿por qué España? Porque, como muchos otros, usted ha perdido la memoria.

Y; además, porque con un pequeño número de franceses tengo la sensación todavía de no sentirme orgulloso de mi país. Que yo sepa Francia no ha entregado nunca opositores soviéticos al Gobierno ruso. Sin duda todo se andará. Nuestras élites están dispuestas a todo. Pero en lo que hace referencia, hemos dicho bien las cosas. En virtud de la cláusula más deshonrosa del armisticio, hemos entregado a Franco, por orden de Hitler muchos republicanos españoles y entre ellos al gran Companys. Y Companys ha sido fusilado en medio de ese tráfico afrentoso. Esto lo hacía Vichy, ciertamente, no éramos nosotros. Nosotros solamente habíamos encerrado en un campo de concentración al poeta Antonio Machado, del cual salió la víspera de su muerte. Pero en estos días en que el Estado francés se convertía en reclutador de verdugos totalitarios, ¿quién levantó la voz? Nadie; seguramente, Gabriel Marcel, que los que hubieran podido protestar, pensarían como usted, que todo eso era muy poca cosa comparado con lo que detestaban más del sistema ruso. Así, pues, ¡un fusilado de más o de menos...! Pero su rostro de fusilado representa una herida muy fea que acaba gangrenándose. Y la gangrena se ha extendido.

¿Dónde están los asesinos de Companys? ¿En Moscú o en nuestro país?

Hay que responder. Hay que decir que hemos sido nosotros los que hemos fusilado a Companys y que somos responsables de lo que siguió. Hay que declarar nuestra humillación y que la única forma de reparar el mal es la de mantener el recuerdo de una España que ha sido libre y a la que hemos traicionado, a nuestra manera, que era insignificante. Es verdad que todos la han traicionado, menos Alemania e Italia, que fusilaban a los españoles de cara. Pero eso no puede ser un consuelo y la España libre continúa, con su silencio, exigiendo de nosotros una reparación. Por mi parte, aunque modestamente he hecho lo que he podido y ello le escandaliza. Si hubiera tenido más talento la reparación hubiera sido más grande. Es todo lo que puedo decirle. Se pretendió aunar la ruindad y el escamoteo. No seguiré el tema y acallaré mis sentimientos en atención a usted. Lo que me resta significarle todavía es que ningún hombre sensible se habría extrañado que habiendo de elegir entre hablar al pueblo digno y pasional o aceptar la vergüenza y las sombras de la dictadura he elegido al pueblo español. No se esperaría de mí que eligiera al público internacional del "Reader-Digest" o a los lectores de "Samedi Soir" y "France-Dimanche".

Sin duda siente usted impaciencia en que explique, para terminar, la misión que he fijado a la Iglesia. Lo haré con brevedad. Usted estima que esa misión es odiosa y no lo era en mi obra. Y es que, yo debía rendir justicia a esos amigos cristianos con los cuales he convivido bajo la ocupación en un combate justo. Y

tenía que decir cuál ha sido el papel de la Iglesia en España. Y si la he calificado de odiosa es porque a la faz del mundo el comportamiento de la Iglesia en España ha sido odioso. Por muy dura que esta verdad sea para usted, no dudo que se consolará pensando que la escena que le estorba sólo dura un minuto, mientras que la que ofende todavía a la conciencia europea dura desde hace diez años. Y la Iglesia en su conjunto estaría plenamente responsabilizada con ese increíble escándalo de los obispos españoles, bendiciendo los fusiles de las ejecuciones, si ya desde los primeros días los grandes cristianos, Bernanos, hoy muerto, y José Bergamín, exiliado de su país, no hubieran levantado su voz. Bernanos no hubiera osado escribir lo que usted ha escrito a este respecto. Bernanos sabía muy bien que la frase final de mi escena: “¡Cristianos de España, están abandonados!”, no es un insulto a su creencia. El sabía que decir otra cosa o callarse, representaba un insulto a la verdad.

Si hubiera de escribir de nuevo “L’etat de siège” situaría su escenario en España. Esa es mi conclusión. Y quede bien claro para todo el mundo, que a través de España, ayer y hoy, la condena va dirigida contra todos los sistemas totalitarios. Lo contrario sería el precio de una vergonzosa complicidad. De esta manera, y jamás de otra, es como podremos conservar el derecho de protestar contra el terror. Usted prefiere y no puedo estar de acuerdo cuando dice que nuestros puntos de vista coinciden en el orden político; pues usted prefiere silenciar, ignorar una forma de terror para combatir más ampliamente otra. Algunos de nosotros no queremos, de ninguna manera, silenciar nada. Nuestra sociedad política entera subleva nuestro corazón. Y no habrá salvación hasta que todos los que valen algo la hayan repudiado enteramente. Hasta que llegue ese momento, hay que luchar. Pero sabiendo que la tiranía totalitaria no se edifica sobre virtudes totalitarias. Ella se produce por la falta de los liberales. La frase de Talleyrand es despreciable, pues un error no es peor que un crimen. El error acaba por justificar el crimen y absolverlo. Produce la desesperación de las víctimas y de ahí su culpabilidad. Lo que yo no puedo perdonar a la sociedad política contemporánea es que se convierta en una máquina para hacer desesperar a los hombres.

Usted pensará sin duda que pongo demasiada pasión al tratar un pretexto insignificante. Permítame hablar por una sola vez en nombre propio. El mundo en que vivo me repugna, pero me siento solidario de los hombres que sufren. Existen muchas ambiciones que no comparto y no me sentiría honrado si hubiera de seguir mi ruta apoyándome en los pobres privilegios que se les reserva a los que se acomodan a las circunstancias. Pero existe otra ambición que habrá de ser la de todos los escritores: testimoniar, gritar, cada vez que esto sea posible, en la medida de nuestro talento, en favor de los que son esclavizados como nosotros. Y esta

ambición legítima es la que usted niega en su artículo y yo no me cansaré de no concederle ese derecho mientras que la muerte de un hombre no parezca indignarle nada más que en la medida en que ese hombre comparta sus ideas.

Respuesta a Gabriel Marcel, *Combat*, diciembre 1944.

UNIDAD PARA EL TRIUNFO

Discurso pronunciado por Albert Camus en el mitin organizado por “Les Amis de l’Espagne Republicaine”, que se celebró en la Sala Saulnier de París el mes de abril de 1951.

Según todas las apariencias, las democracias occidentales continúan la tradición de traicionar a sus amigos, en tanto que los regímenes del Este han establecido la obligación de devorarlos. Nosotros, colocados, sin buscarlo, entre unos y otros, hemos de hacer una Europa que no sea ni la de los embusteros ni la de los esclavos, pues indudablemente hay que edificar una Europa libre como repiten muchas personalidades en el Senado americano. Pero nosotros no deseamos una Europa cualquiera, ya que construirla con los generales criminales de Alemania y con el general rebelde Franco equivaldría a aceptar la Europa de los renegados. Si es esta la Europa que quieren las democracias del Oeste, hubieran podido tenerla muy fácilmente, pues Hitler intento realizarla y casi lo consiguió. Por consiguiente, hubiera bastado ponerse de rodillas y hubiera surgido la Europa ideal sobre los huesos y las cenizas de los hombres libres asesinados. Pero como los hombres occidentales no querían tal cosa, han luchado; de 1936 a 1945 han muerto millones de ellos, agonizando muchos en la noche perpetua de las prisiones, y estos sacrificios se han realizado para que Europa y su cultura sigan representando una esperanza y sigan teniendo un sentido.

Es posible que muchos ya hayan olvidado estas cosas. Nosotros las recordamos vivamente y para probarlo y probar que Europa es, ante todo, una fidelidad, nos reunimos hoy aquí.

Si hemos de creer a los franquistas, el mariscal Petain decía de Franco que era la espada más limpia de Europa, lo cual no es más que una lisonja militar sin consecuencias. Pero, precisamente, nosotros no queremos una Europa defendida por semejantes espadas. Serrano Suñer, el servidor de los grandes nazis, acaba de

escribir también un artículo en el cual reclama una Europa aristocrática, y yo -no teniendo nada contra la aristocracia- creo que el problema planteado actualmente a la civilización europea es justamente la creación de nuevas minorías selectas, ya que las existentes han sido deshonradas. Claro está que la aristocracia de Serrano Suñer se parece mucho a los “señores” de Hitler, a la aristocracia de una banda, al reino del crimen, al cruel señorío de la mediocridad. Por mi parte, no reconozco más que dos clases de aristocracia: la de la inteligencia y la del trabajo, las cuales, en el mundo actual, están oprimidas, insultadas o utilizadas cínicamente por una raza de domésticos y funcionarios a las órdenes del Poder. Si llegan a liberarse y a reconciliarse -a reconciliarse, sobre todo- forjarán, la única Europa capaz de durar que no sea la del trabajo forzado y la inteligencia avasallada por la doctrina; ni la de la hipocresía y la moral de los tenderos, sino la Europa viva de las comunas y de los sindicatos capaz de preparar el renacimiento que esperamos todos y para cuyo inmenso esfuerzo tengo la convicción de que no podemos prescindir de España.

Europa se ha convertido en una tierra inhumana, donde, sin embargo, todo el mundo habla de humanismo; en un campamento de esclavos y en un mundo de sombras y ruinas. Y esto ha sido posible porque Europa se ha entregado, sin pudor, a las más desmesuradas doctrinas; porque para divinizar al hombre los ha avasallado a todos por los medios de que dispone el Poder. A conseguirlo le han ayudado las filosofías del Norte, aconsejándola en semejante empresa, lo que permite recoger hoy los frutos de tal locura en una Europa de Nietzsche, de Hegel y de Marx.

Si el hombre se ha convertido en Dios, hay que reconocer que jamás han reinado en el mundo dioses tan mezquinos, y que el hombre se ha convertido en muy poca cosa: un Dios cara de flota o de procurador. Al verlo en las primeras páginas de los periódicos o en las pantallas de los cines nadie puede extrañarse de que sus iglesias sean, ante todo, de policías.

Europa sólo ha sido grande nada más que por la tensión que ha sabido inducir a los valores y a las doctrinas de sus pueblos. Y ella misma no representa más que ese equilibrio y esa tensión. En el momento en que ha renunciado a ello; en cuanto ha preferido hacer triunfar por la violencia la unidad abstracta de una doctrina, se ha debilitado y se ha convertido en una madre agotada que no da luz más que a criaturas avaras y llenas de odio y es, quizá, justo que tales criaturas se lancen unas contra otras para encontrar, en fin, una paz imposible en una muerte desesperada. Sin embargo, ni nuestra tarea ni nuestro papel son los de servir a esta terrible justicia, sino los de crear una justicia más modesta, renaciente, renunciando

a las doctrinas que pretenden sacrificarlo todo a la historia, a la razón y al Poder. Para ello nos hace falta encontrar de nuevo el camino del mundo, equilibrar al hombre por medio de la naturaleza, el mal por medio de la belleza y la justicia por medio de la compasión. Nos hace falta renacer en la dura y atenta tensión que hace fecundas las sociedades, y en esto España debe ayudarnos.

Efectivamente, ¿cómo prescindir de esa cultura española en la que, ni una sola vez durante siglos enteros de historia, se han sacrificado a la idea pura ni la carne ni el grito del hombre, la cultura que supo dar al mundo a un mismo tiempo, “Don Juan” y “Don Quijote” las más altas imágenes de la sensualidad y del misticismo y que en sus más locas creaciones no se separa del realismo cotidiano? Cultura completa que cubrió con su fuerza creadora el Universo entero. Esta cultura es la que puede ayudarnos a rehacer una Europa que no excluya nada del mundo ni mutile nada del hombre.

Hoy mismo aún contribuye en parte a nutrir nuestra esperanza; y hasta cuando se le amordaza en la propia España, sigue dando su sangre, lo mejor de su sangre, a esta Europa y a esta esperanza. Los españoles muertos en los campos alemanes, los muertos en el *Plateau des Glières*, los españoles de la División Leclerc, los 25 mil muertos en los desiertos de Libia, formaban parte de esa cultura y de esa Europa y les somos fieles. Y si en alguna parte pueden servir hoy, dentro de su país, es entre esos estudiantes y esos obreros de Barcelona que acaban de afirmar, ante el mundo asombrado, que la verdadera España no ha muerto y que reclama de nuevo el lugar que le corresponde.

Pero si la Europa futura no puede prescindir de España, tampoco puede, por las mismas razones, transigir con la España de Franco; pues Europa es una expresión de contraste y no debe acomodarse a doctrinas lo bastante imbéciles y feroces que se oponen a toda otra expresión fuera de la suya.

Hace algunos meses y al mismo tiempo que un ministro español hacía votos para que las minorías selectas de Francia y de España se comprendieran mejor a la censura española prohibía las obras de Anouilh y Marcel Aymé y como estos dos escritores no han figurado nunca como feroces revolucionarios cabe adivinar lo que sucederá en España con las obras de Sartre, de Malraux y de Gide. En cuanto a nosotros aceptaríamos leer a Benavente, pero son los libros de Benavente los que no se dejan leer.

Recientes artículos franquistas pretenden que la censura se ha suavizado; pero tras un examen de los textos, se ve claramente que esa suavidad consiste en

permitir todo cuanto no está prohibido. Franco mismo que se inspira a veces en uno de nuestros grandes escritores, José Prodomme, ha declarado que “la España de Alcázar de Toledo, permanece adicta a la Cátedra de San Pedro”, lo que no le impide censurar al Papa cuando éste habla en favor de la libertad de Prensa.

En nuestra Europa, el Papa tiene derecho a la palabra lo mismo que los que piensan que el Papa hace mal uso de ese derecho.

La Europa que nosotros queremos es la que representa un orden; y cuando se puede detener a cualquiera; cuando se estimula la delación; cuando las mujeres embarazadas y en prisión son “generosamente” dispensadas de trabajar... en el noveno mes del embarazo, se está en pleno desorden, y Franco prueba al mundo entero que es mucho más peligros que nuestros amigos de la Confederación Nacional del Trabajo, los cuales desean un orden.

Y el desorden llega a su colmo, para mí al menos, en esa repugnante confusión en que la religión se mezcla a las ejecuciones y en que el sacerdote se perfila detrás del verdugo. Las órdenes de ejecución en España franquista se terminan con esta fórmula piadosa dirigida al director de la prisión: “Dios guarde a usted muchos años”. A los presos se les obligaba a suscribirse al semanario del régimen “Redención”.

Esta Europa que reserva a Dios para el uso particular de los directores de prisiones, ¿representa acaso la civilización por la que debemos combatir y morir? Afortunadamente, no. Existe una redención a la que no se suscribe obligatoriamente y que reside en el juicio de los hombres libres. Y si en España hubiera un Cristo estaría en las prisiones, en el interior de las celdas y con los católicos que rechazan la comunión, porque el sacerdote-verdugo la ha hecho obligatoria en muchas prisiones. Esos hombres rebeldes son nuestros hermanos y los hijos de la Europa libre.

Nuestra Europa es, también, la de la verdadera cultura y siento mucho tener que declarar que no veo ningún signo de cultura en la España de Franco. Últimamente he leído la filosofía de la historia personal del “Caudillo”, que se resume en esto: “La Franc-masonería, oculta en el caballo de Troya de la Enciclopedia, fue introducida en España por los Borbones”. Al mismo tiempo he leído que un peregrino de América, recibido por Franco, lo había encontrado extraordinariamente inteligente; pero un peregrino es siempre entusiasta y, además, no quiere haberse molestado inútilmente.

Por mi parte encuentro la frase de Franco y la opinión del peregrino ligeramente incompatibles y mi convicción de que la cultura y la España de hoy no tienen más que relaciones de cortesía, se afirma cuando leo que “Franco debe zanzar con su espada los nudos gordianos de problemas seculares cuya solución estaba reservada a su genio”, y después: “Parece que Dios haya colocado el destino de Franco bajo el signo de esas apariciones históricas fulgurantes, destacando esas cabezas aureoladas sobre el horizonte de nuestro siglo”. No; la idolatría no es la cultura. Esta muere del ridículo.

En fin, Franco exige su lugar en el concierto de las Naciones; reclama el derecho -nosotros con él- para España de tener el Gobierno que le plazca y resume su doctrina en esta fórmula, acerca de la cual comprenderán que no dejo de reflexionar: “No es que vayamos a una dirección diferente... Lo que sucede es que nosotros vamos más de prisa que los otros y estamos ya en el camino de regreso, mientras que los demás marchan todavía hacia el objetivo”. Esta metáfora atrevida basta para explicarlo todo y para justificar que, para nuestra cultura, preferimos la Europa de Unamuno a la del señor Rocamora.

Nuestra Europa, en fin, y esto lo resume todo, no puede prescindir de la paz. La España de Franco no vive ni sobrevive más que porque la guerra nos amenaza, mientras que la República española se refuerza cada vez que las posibilidades de paz aumentan. Si Europa, para existir, debe pasar por la guerra, será la Europa de la policía y de las ruinas; y se comprende en este caso, que Franco sea considerado indispensable en razón de la ausencia de Hitler y de Mussolini. Esto es lo que creen los que se hacen de Europa una idea que nos causa horror. Se ha juzgado a Franco severamente hasta que se han dado cuenta que disponía de treinta divisiones, y en ese momento se le ha hecho sitio y se ha rehecho para él la frase de Pascal, transformándola en: “Error si no se llega a la 30ª División: verdad más allá”.

En estas condiciones ¿por qué hacer la guerra a Rusia? Rusia es más verdadera que la verdad, puesto que dispone de 175 divisiones; pero es la enemiga y todo es bueno para combatirla. Para triunfar, hay que traicionar primero la verdad. ¡Pues bien! ha llegado el momento de decir que la Europa que nosotros deseamos no será jamás aquella en que la justicia de una causa se valora según el número de cañones. Ya es estúpido calcular la fuerza de un ejército por el número de sus oficiales, pues en este caso el ejército español sería, sin duda, el más fuerte del mundo; y hay que ser un pensador del “State Department” para imaginarse que el pueblo español se batirá en nombre de una libertad que no tiene. Sin embargo, la estupidez no es lo más grave. Lo más grave es la traición a una causa

sagrada, la causa de la única Europa que nosotros deseamos. Al firmar la reanudación de las relaciones con Franco, América y sus Aliados han firmado la ruptura con cierta Europa que es la nuestra, la que seguiremos defendiendo y sirviendo a la vez. Y no la serviremos bien más que diferenciándonos precisamente de todos aquellos que no tienen ya ningún derecho moral a servirla; de aquellos que al amparo de una provocación policíaca, permiten en nuestro país torturar a militantes irreprochables de la Confederación Nacional del Trabajo, como José Peirats; de los que dejan falsificar las elecciones argelinas; de aquellos también que se “lavan las manos” ante los fusilamientos de Praga y que insultan a los prisioneros de los campos de concentración rusos. Todos estos han perdido el derecho de hablar de Europa y de denunciar a Franco. ¿Quién hablará, pues? ¿Quién la denunciará? ¡Amigos españoles! La respuesta es sencilla: hablará y denunciará la voz de la fidelidad. ¿Pero es que esta fidelidad es solitaria? No; por el mundo estamos millones de fieles preparando el día de la reunión, y 300.000 barceloneses acaban de atestiguarlo. Debemos unirnos y no hacer nada que pueda en lo más mínimo quebrantar esa unión.

Unámonos y únanse ¡por favor!, pues la España exilada encuentra así su justificación en una unión inquebrantable, conseguida en una lucha paciente e inflexible. Un día llegará en que Europa surgirá triunfante de sus miserias y de sus crímenes, en que, al fin, revivirá.

Y este día será el mismo, exactamente, que aquel en que España, la España de la fidelidad, llegada de los cuatro puntos cardinales, se agrupará en las cumbres de los Pirineos mirando extenderse ante sí la vieja tierra herida que tantos de ustedes han esperado recobrar y que les aguarda silenciosamente desde hace mucho tiempo.

Ese día, nosotros, europeos, encontraremos nuevamente, con ustedes, una patria más.

HAY QUE ELEGIR ENTRE EL FRANQUISMO Y LA DEMOCRACIA

Discurso pronunciado por Albert Camus en el acto celebrado el día 22 de febrero de 1952 en la Sala Wagram de París, en favor de los sindicalistas españoles condenados a muerte por los tribunales de Sevilla y Barcelona.

Un diario de París anuncia hoy a sus lectores incondicionales un estudio sobre las grandes directivas de la política franquista. Desgraciadamente esta noche estamos obligados a limitarnos al examen de una sola de las directivas de esa política que está indicada en el punto de mira de los fusiles de ejecución y mantenida de una manera constante y obstinada. En efecto, hace quince años que el franquismo apunta al mismo objetivo; el pecho y el rostro de los españoles libres. Reconozcamos que frecuentemente ha dado en el blanco y que, si a pesar de tantos disparos no ha logrado desfigurar ese rostro que renace sin cesar, ahora tiene la esperanza de lograrlo gracias a la complicidad inesperada de un mundo que se llama libre.

¡Pues bien!, nosotros nos negamos a estar comprendidos en esa complicidad. Una vez más estamos aquí situados ante el intolerable escándalo de la conciencia europea. Una vez más lo denunciaremos infatigablemente. Esas nuevas víctimas, después de tantas otras; nos gritan desde el fondo de sus celdas que la mistificación, al menos sobre este problema, no puede prolongarse por más tiempo.

Hay que elegir entre el franquismo y democracia, pues entre esas dos concepciones no puede haber término medio. El término medio representa justamente esta inmunda confusión en que nos encontramos en que las democracias practican el cinismo, mientras que el franquismo, por cortesía, ensaya de convertirse en respetuoso de las leyes, ofreciendo cuatro abogados a once procesados que una banda de jefes y oficiales militares juzgan en un abrir y cerrar de ojos, antes de que los abogados hayan podido intervenir, en virtud de una ley especial que también dispone que no puede condenarse a muerte a un niño de dieciséis años, pero lo guardan en celda hasta su mayoría de edad para poder fusilarle en toda regla. Ya va siendo hora de que los representantes de las democracias rechacen esa caricatura y renieguen en público, definitivamente, de la curiosa teoría que consiste en decir. "Vamos a entregar armas a un dictador para que se convierta en democracia". No, no. Si se le entregan armas disparará a quemarropa, como es su costumbre, al corazón de la libertad.

Hay que elegir entre Cristo y el asesino. Ya va siendo hora de que la Jerarquía católica denuncie en público, definitivamente, ese atroz maridaje. Se le ha podido reprochar a Felipe II su tendencia a creer que Dios era español. Pero comparado a Franco, Felipe II resultó modesto, pues Franco al sonar de los disparos de las ejecuciones no cesa de repetir que Dios es falangista. Sí, ¿qué se espera para condenar esta extraña religión que desde hace quince años se entrega a bendecir horribles comuniones donde son distribuidas hostias de plomo ardiente

para consagrar la sangre de los justos?

Si esta denuncia no se hace inmediatamente no veo la razón que habría para elegir entre la hipocresía y el terror, ya que la hipocresía se habrá convertido en la sirvienta del terror. De esta forma la unidad del mundo se habría consagrado efectivamente, pero en la infamia. No obstante, nosotros, en medio de este cambalache repugnante, seguiremos firmes, sabiendo muy bien lo que nos corresponde salvar, hoy como ayer. Y lo que tenemos que salvar es la vida, la frágil, la preciosa vida de los hombres libres. Si permitimos que se mate a esos hombres, no tendremos disculpa, pues esos hombres van a hacernos mucha falta, ya que no somos tan numerosos. Nosotros nos asfixiamos en una Europa en que la personalidad humana es degradada cada día más. Por cada hombre libre que cae nacen diez esclavos y el porvenir se ensombrece un poco más; ese porvenir que debemos garantizar porque es la vida humana y sus posibilidades de grandeza. Y el grito que provoca en nosotros esas matanzas, multiplicadas, es una protesta indignada contra la destrucción sistemática de unos valores, cuya existencia salva todavía a este mundo del deshonor. Se ha podido decir que el pueblo español representaba la aristocracia de Europa. ¿Quién dudará de ello al contemplar todo lo que nos rodea? Por desgracia esta aristocracia es hoy la sacrificada. Es una élite que se extermina y que tenemos necesidad que viva para que nos ayude a vivir. Por ello hay que actuar con urgencia, pues cada día y cada hora cuenta para todos.

Que cada uno de ustedes haga lo que pueda. No nos durmamos en la melancolía y en el desaliento fácil. No nos consideremos simplemente mártires con el sacrificio de los otros. No cedamos a la tentación de pensar que ese martirio no será inútil, pues si ese martirio sólo puede contar para ser útil con la memoria de los hombres sacrificados, hay el peligro de que sea inútil. Hay tantas víctimas hoy de todos los horizontes, que la memoria no puede retenerlas todas. No hay necesidad de la muerte de esos hombres. Sus vidas nos son necesarias. No les dejemos morir. El ejemplo de esos hombres no es tan seguro, en tanto que sus vidas son seguras, el calor de su sangre, su orgullo de hombres libres. Es todo ello que debemos guardar entre nosotros. Pero para lograrlo hay que arrancar esos hombres a los verdugos, a las misas de sangre, a los cálculos irrisorios de las cancillerías, a los jefes de Estado que saludan a los presidentes demócratas, después de haber decorado a los dueños de la Gestapo. Hay que arrancarlos sobre todo a la indiferencia del mundo. Por cada hombre libre que salvemos, diez futuros esclavos desaparecen y un futuro favorable es todavía posible. Ese es el sentido de nuestra acción esta noche: frente a los verdugos de España, y frente a todas las tiranías. Ese es el significado de nuestra esperanza.

CARTA A LA U. N. E. S. C. O.

Solicitado por el Director General de la U. N. E. S. C. O., para colaborar en dicho Organismo, Albert Camus contestó con la siguiente Carta.

París 12 de Junio de 1952.

Sr. Jaime Torres Bodet

Director General de la U. N. E. S. C. O.

Avenue Klebert, París

Señor Director General:

En carta fechada en 30 de mayo, la Organización por usted dirigida ha tenido a bien solicitar mi colaboración para la encuesta que inicia sobre un problema que interesa a la cultura y a la educación. Con el ruego de que comunique mis razones a los directores de esa Institución, deseo expresarle brevemente las razones que me obligan a rechazar esa colaboración en tanto que la U. N. E. S. C. O. se disponga a admitir en su seno a la España franquista.

La noticia de ese ingreso me ha producido una gran indignación. Dudo que sea admisible atribuirlo al interés que la U. N. E. S. C. O., puede tener por las realizaciones culturales del Gobierno de Madrid, ni a la admiración que despiertan en ella las leyes que rigen la enseñanza secundaria y elemental en España (particularmente las leyes del 20 de septiembre de 1938 y 17 de julio de 1945) que los servicios de usted pueden consultar útilmente.

Y dudo más todavía que esa actitud pueda explicarse por el entusiasmo con que el Gobierno citado acepte los principios en que la U. N. E. S. C. O., pretende inspirarse. De hecho, la España franquista, que censura toda expresión libre, censura también las publicaciones de la entidad que usted dirige. Por ejemplo, emplazo a los servicios de usted para que traten de organizar en Madrid la Exposición de los Derechos del hombre que han hecho conocer en diversos países. Si la admisión de la España franquista en las Naciones Unidas plantea graves problemas, algunos de ellos incompatibles con la decencia, su ingreso en la U. N. E.

S. C. O., como el de cualquier Gobierno totalitario, violará hasta el colmo la lógica más elemental. Y aún debo agregar que, después de las recientes ejecuciones de militantes sindicalistas en España, y en el momento en que se instruyen nuevos procesos, esta decisión resultará particularmente escandalosa.

La recomendación de ese Consejo Ejecutivo no puede explicarse nada más que por razones que nada tienen que ver por los fines proclamados por la U. N. E. S. C. O., y que, en todo caso, no pueden ser ciertamente, las de los escritores e intelectuales cuya colaboración y simpatía solicita usted. Y por esto, y a pesar de que esta decisión tenga en sí poca significación, me veo en la obligación de rehusar, en lo que me afecta, todo contacto con su Organismo, hasta el día que rectifique su decisión y denuncie la ambigüedad inaceptable de su acción.

Lamento el dar a la publicidad esta carta, después de que haya sido recibida por usted. Lo hago solamente con la esperanza de que hombres más importantes que yo, y de una manera general los artistas e intelectuales libres, cualesquiera que sean, compartan mi opinión y signifiquen a usted directamente su decisión de boicotear a una Organización que acaba de desmentir públicamente toda su pasada obra.

Lamentando mucho tomar tal decisión, reciba, señor Director General, mis más afectuosos saludos.

CON MOTIVO DE LA ADMISIÓN DE LA ESPAÑA FRANQUISTA EN LA U. N. E. S. C. O.

Discurso pronunciado por Albert Camus el 30 de noviembre de 1952 en la Sala Wagan de París en un mitin de protesta, en el tomaron parte Jean Cassou y Salvador de Madariaga.

Celebramos hoy una nueva y confortable victoria de la democracia lograda sobre sus propios principios. La España de Franco se ha introducido de contrabando en el templo ardiente de la cultura y de la educación, mientras que la España de Cervantes y de Unamuno ha sido arrojada a la calle una vez más. Cuando se sabe que en Madrid el ministro actual de Información, colaborador ahora de la U. N. E. S. C. O., es el mismo que hizo la propaganda durante el imperio de Hitler; cuando se sabe que el Gobierno, que acaba de condecorar al

poeta cristiano Paul Claudel, es el mismo que condecoró a Himmler, organizador de los hornos crematorios, tenemos razones para decir que no es a Calderón ni a Lope de Vega a los que las democracias acaban de acoger en su Sociedad educadora, sino a José Goebels. Tan escandalosa manera de negarse, a los siete años de terminada la guerra, merecería nuestras felicitaciones al Gobierno del señor Pinay. No podrá reprochársele de exceso de escrúpulos cuando se trata de alta política. Todo el mundo creía hasta ahora que el curso de la historia dependía de la lucha de los educadores contra los verdugos. Nunca se había pensado que, en suma, bastaría con nombrar oficialmente educadores a los verdugos. El Gobierno del señor Pinay lo ha pensado.

ESCUELA Y MERCADOS

Ciertamente, la operación resultaba un poco embarazosa y ha tenido que ser hecha precipitadamente. Pero ¡qué quieren! la escuela es una cosa y el mercado es otra. Y a decir verdad se trata un poco del mercado de esclavos. Se cambian las víctimas ocasionadas por la Falange contra los súbditos de las colonias. En cuanto a la cultura, más tarde lo veremos. Por otra parte, esto no es problema de gobiernos controlan a los artistas y, en la ocurrencia, los suprimen. Y llega un día en que un puñado de militares y de comerciantes pueden decir nosotros hablando de Moliere y de Voltaire, o imprimir, desfigurándolas, las obras del poeta que han fusilado previamente. Ese día, que es en el que nos encontramos, debería inspirarnos un pensamiento compasivo el recuerdo del pobre Hitler. En lugar de suicidarse, por exceso de romanticismo, le hubiera bastado imitar a su amigo Franco y armarse de paciencia. Hoy sería delegado de la U. N. E. S. C. O., para la educación del Alto Niger. Y el mismo Mussolini contribuiría a elevar el nivel cultural de sus niños etíopes, a cuyos padres machaco un poco n hace tanto tiempo. De esta forma en una Europa, al fin reconciliada, asistiríamos al triunfo definitivo de la cultura, que podrían celebrar con un inmenso banquete de generales y mariscales servidos por una escuadra de ministros demócratas, pero resueltamente realistas.

La palabra asco resulta aquí muy poca cosa. Ya me parece hasta inútil clamar una vez más nuestra indignación. Puesto que nuestros gobernantes son suficientemente realistas. Puesto que son consideraciones objetivas de la situación histórica las que se invocan para el ingreso de Franco a la U. N. E. S. C. O., ocho años después de que las potencias dictatoriales se hundieran en las ruinas de

Berlín, seamos objetivos y razonemos fríamente sobre los argumentos que se nos presentan para justificar el mantenimiento de Franco.

LA NO INTERVENCIÓN

El primer argumento que se refiere a la no intervención puede resumirse así: los asuntos de un país sólo importan a ese país mismo; más todavía, un buen demócrata no se ocupa del vecino. Ese principio es inatacable. Sin duda no faltan inconvenientes. La subida de Hitler al Poder sólo interesaba a los alemanes y los primeros que probaron los campos de concentración, judíos y comunistas, eran alemanes. Es verdad, pero ocho años después, Buchenwald, capital del dolor, era una ciudad europea. Eso no debe importar. Los principios son los principios, el vecino es dueño de su propia casa. Admitámoslo, pues, y reconozcamos que el vecino de nuestra casa puede apalearse perfectamente a su mujer, y dar de beber cazalla a sus hijos. De todos modos existe algún correctivo en nuestra sociedad. Si el vecino exagera se le retirarán los hijos y se confiarán a una obra benéfica. Franco puede exagerar impunemente. Pero supongamos todos que al vecino le esté permitido dar rienda suelta a la bestia doméstica. Usted no tiene derecho a evitarlo, evidentemente. La corrección que merece está en su mano, pero usted se las pone en el bolsillo, puesto que ese no es asunto de su incumbencia. Ahora bien, si ese vecino es al mismo tiempo comerciante, usted no está obligado a comprar en su casa. Nadie le obliga tampoco a abastecerlo; ni a concederle créditos; ni a comer en su mesa. Usted puede, en suma, sin intervenir en sus asuntos, volverle la espalda. Y si muchos otros en el barrio lo tratan así tendrá ocasión de reflexionar y se le dará una oportunidad para que pueda cambiar la concepción que tiene del amor familiar. Sin contar con que esa cuarentena puede ofrecer un argumento a su mujer. Esa sería, sin duda alguna, la verdadera no intervención. Pero a partir del momento en que usted comparte su mesa o le presta dinero o le ofrece los medios y la tranquilidad necesaria para continuar, práctica usted de esta forma una verdadera intervención, pero contra las víctimas. Y cuando, en fin, usted paga subrepticamente la etiqueta *vitaminas* en la botella con la que él reconforta a sus hijos, cuando usted decide, sobre todo, a los ojos del mundo, confiarle la educación de los suyos, usted es más criminal que él, ya que estimula el crimen que usted llama virtud.

Y aquí interviene un segundo argumento que consiste en decir que se

ayuda a Franco porque se opone al comunismo. Y se opone rápidamente concediendo las bases necesarias para la estrategia de una nueva guerra. Todavía no nos permitimos preguntar si ese razonamiento es glorioso y si es inteligente.

Subrayamos en primer lugar que contradice en absoluto el razonamiento precedente. No se puede admitir la no intervención y querer impedir a un partido, sea el que sea, que triunfe en un país que no es el suyo. Pero esta contradicción no asusta a nadie. Y es que nadie creyó, salvo Poncio Pilatos, en la no intervención en política extranjera. Seamos serios y supongamos que pueda imaginarse un segundo la alianza con Franco para conservar nuestras libertades y preguntemos qué él podrá ayudar a los estrategas atlánticos en su lucha contra los estrategas orientales. Por otra parte, es un hecho y permanente en la Europa contemporánea que el mantenimiento significa a plazo más o menos largo reforzar al comunismo. En los países en que se practica la libertad nacionalmente, al mismo tiempo que una doctrina, el comunismo no prospera; al contrario, nada más fácil para su desarrollo que seguir los pasos del fascismo, y el ejemplo de Alemania Oriental y de los países del Este lo prueban. Es justamente en España donde el comunismo tiene muy poco porvenir, porque tiene en él una verdadera izquierda popular y libertaria y el carácter español íntegramente. En las últimas elecciones libres de España en 1936 los comunistas sólo lograron quince diputados de los cuatrocientos cuarenta y tres que componían las Cortes. Aunque no es menos verdad que la conjuración de toda la imbecilidad internacional será capaz de convertir a un español en un marxista consecuente. Pero, aunque se llegara a suponer todavía el absurdo de que el régimen de Franco fuera la sola barrera existente contra el comunismo, puesto que estamos en plan realista, ¿qué habremos de pensar de una política que queriendo debilitar el comunismo en un aspecto lo reforzara en diez distintos? Pues nadie podrá jamás evitar que para millones de hombres de Europa el problema de España, como el antisemitismo, como los campos de concentración o la técnica de los procesos de confesiones en Rusia, constituya un testimonio que permite juzgar la sinceridad de una política democrática. Y el mantenimiento sistemático de Franco impedirá siempre a esos hombres creer en la sinceridad de los gobiernos democráticos cuando pretendan representar la libertad y la justicia. Esos hombres jamás admitirán defender la libertad al lado de los asesinos de todas las libertades. Una política que coloca a tantos hombres libres en un impase, ¿puede denominarse política realista? Es, sencillamente una política criminal, pues consolidando el crimen conduce a la desesperación de españoles y no españoles que condenan el crimen cualquiera que sea su procedencia. Y, para terminar: una política que fabrica desesperados, fabrica con toda seguridad más esclavos resignados que combatientes esforzados.

LA POTENCIA ESTRATÉGICA DE ESPAÑA

En cuanto a la potencia estratégica de España, no estoy calificado para hablar ya que soy principiante en el arte militar. Pero no daría gran cosa por la plataforma ibérica el día en que los parlamentos franceses e italianos contaran con algunos centenares de diputados comunistas. Por haber querido detener el comunismo en España con medios indignos, se habrá dado una gran oportunidad para comunicar Europa y, si se realiza, España será también comunizada sin duda alguna y de esta plataforma estratégica surgirán los argumentos que convencerán, en fin, a los pensadores de Washington. “Haremos la guerra”, exclamarán estos últimos. Indudablemente y hasta es posible que salgan vencedores. Pero yo pienso en Goya y en sus cadáveres mutilados. ¿Saben lo que dijo Goya?: “Una gran hazaña con muertos”.

Estos son, no obstante, los miserables argumentos que justifican el escándalo que nos ha reunido hoy. A nosotros no puede engañárenos. Sabemos que en lugar de consideraciones culturales se trata en realidad de un sucio chalaneo. Pero, incluso, ni como chalaneo puede justificarse. Es posible que pueda enriquecer a algunos mercaderes, pero no sirve a ningún país ni a ninguna causa. En cambio, pone en peligro las muchas razones que los hombres de Europa pueden tener todavía para luchar. He aquí por qué, para un intelectual, no puede haber dos actitudes cuando Franco es recibido en la U. N. E. S. C. O. Y no es suficiente declarar que rechazaremos toda colaboración con una organización que acepta una operación semejante. Es preciso que ahora cada uno desde nuestro puesto la combatamos de frente y con firmeza, a fin de demostrar a todos que no es lo que pretende ser y que en lugar de una reunión de intelectuales consagrados a la cultura es una asociación de gobiernos al servicio de cualquier política equívoca.

LA CULTURA NO ESTÁ EN LOS PALACIOS

¡Sí!, desde que Franco ha entrado en la UNESCO, la U. N. E. S. C. O. ha salido de la cultura universal. Estoy hoy que proclamarlo. Se nos objeta que la U. N. E. S. C. O. es útil. Habría mucho que decir sobre las relaciones de sus oficinas con la cultura, pero tengamos la certidumbre, al menos, de lo que perpetúa la mentira en que vivimos carece de toda utilidad. Si la U. N. E. S. C. O. no ha sido capaz de asegurar su independencia vale más que desaparezca. Después de todo,

las sociedades culturales pasan y la cultura queda. Tengamos la confianza de que no desaparecerá porque un organismo de alta política sea denunciado por lo que hace y representa. La verdadera cultura vive de verdades y muere por las mentiras. De todos modos, vive siempre lejos de los palacios y de los ascensores de la U. N. E. S. C. O., lejos de las prisiones de Madrid, por los caminos del exilio. Ella tiene siempre su sociedad, la única que reconozco, la de los creadores y la de los hombres libres, que, contra la crueldad de los totalitarios y la miserable traición de las democracias burguesas, contra los procesos de Praga y las ejecuciones de Barcelona se reconoce en todas las patrias y sólo sirve a una: a la libertad. Y en esa Sociedad es donde nosotros recibimos a la España de la libertad. No haciéndola entrar por la puerta falsa y escamoteando el debate, sino abiertamente, con solemnidad, con el respeto y la ternura que le debemos, con la admiración que sentimos por sus obras y su espíritu, por la gratitud que le profesamos al gran país que nos ha dado, y que nos da todavía, las lecciones más elevadas, y que en lugar de producir toneladas de circulares, ha elevado con sus obras, frente a todas las sociedades de propaganda, una imagen del hombre que es y será nuestro ejemplo.

CALENDARIO DE LA LIBERTAD

19 de Julio de 1936

Artículo de fondo publicado por Albert Camus en el número 5 de la revista **Temoins** de Montreux (Suiza), correspondiente a la primavera de 1954.

El 19 de Julio de 1936 comenzó en España la segunda guerra mundial. Hoy conmemoramos esa fecha. La guerra ha terminado en todas partes salvo, precisamente, en España. El pretexto de no terminarla es la obligación de prepararse para la tercera guerra mundial. Esto resume la tragedia de la España republicana, que ha visto imponérsele la guerra civil y extranjera por jefes militares rebeldes, y que, hoy, aún ve que se le siguen imponiendo los mismos jefes, en nombre de la guerra extranjera. Durante 20 años, una de las causas más justas que puedan encontrarse deformada, y en ocasiones, traicionada por los intereses más poderosos de un mundo entregado a las luchas del Poder. La causa de la República se ha encontrado y se encontrará siempre identificada con la de la paz; esa es sin duda su justificación. Desgraciadamente el mundo no ha cesado de estar en guerra desde el 19 de Julio de 1936 y la República española, en consecuencia, no ha dejado

de ser traicionada o cínicamente utilizada. Por esto resulta quizá inútil dirigirse, como lo hemos hecho otras veces, al espíritu de justicia y de libertad, a la conciencia de los gobiernos. Un gobierno, por definición, no tiene conciencia. Tiene, a veces, una política, y es todo. Quizá la manera más segura de abogar por la República española, no es ya decir que es indigno para las democracias matar por segunda vez a aquellos que han luchado y han muerto por nuestra libertad, por la libertad de todos. Este lenguaje es el de la verdad en el desierto. La mejor manera sería tal vez decir que si sostener a Franco no se justifica más que por la necesidad de asegurar la defensa del Occidente, no se justifica de ninguna manera.

Es preciso que se sepa que la defensa del Occidente perderá sus justificaciones y sus mejores combatientes si permite el mantenimiento de un régimen de usurpación y tiranía.

Puesto que los gobiernos occidentales han decidido no tomar en consideración más que las realidades, podemos decirles que las convicciones de una parte de Europa forman parte también de la realidad; y que no será posible negarlas hasta el fin. Los gobiernos del siglo XX tienen una desgraciada tendencia a estimar que la opinión y las conciencias se pueden gobernar como las fuerzas del mundo físico. Y es cierto que por las técnicas de la propaganda o del terror, han llegado a dar a las opiniones y a las conciencias una consternadora elasticidad. Sin embargo, hay un límite en todas las cosas, y en particular en la flexibilidad de la opinión. Se ha podido mixtificar la conciencia revolucionaria hasta hacerla exaltar los éxitos miserables de la tiranía. El ejercicio mismo de esa tiranía, sin embargo, hace esta mistificación evidente y de ahí que en medio de este siglo la conciencia revolucionaria se rebela de nuevo y vuelve a sus orígenes. Por otro lado, se ha podido mixtificar el ideal de la libertad por el cual los pueblos y los individuos han sabido combatir mientras que sus gobiernos capitulaban. Se ha podido hacer esperar a esos pueblos, hacerles admitir compromisos cada vez más graves. Pero se ha llegado a un límite que se hace necesario denunciar claramente que, pasado el cual, ya no será posible utilizar las conciencias libres; muy al contrario, será necesario combatir las a ellas también. Este límite, para nosotros europeos que hemos tomado conciencia de nuestro destino y de nuestras verdades el 19 de Julio de 1936, es España y sus libertades.

La peor falta que pueden cometer los gobiernos es la de ignorar la realidad de esos límites. Nuestra peor baja sería el tolerarles esa ignorancia. Yo he leído artículos muy curiosos que un periódico que nos tiene acostumbrados a la neutralidad, consagra a lo que él entiende por problema español. En uno de ellos dice que los jefes republicanos españoles, ya no creen mucho en la República. Si

esto fuera verdad podríamos temer las peores consecuencias para esa República. Pero el autor de esos artículos, Mr. Greach, hablando de esos jefes republicanos, agrega: "al menos los que viven en España". Por desgracia para el señor Greach, por fortuna para la libertad de Europa, esos jefes republicanos no pueden vivir en España en su mayor parte. Y los que viven no pueden encontrarse con ellos en los ministerios ni en los salones de Madrid que él frecuenta. Los que él conoce, que se titulan republicanos, han dejado de creer en la República. Pero han dejado de creer desde el momento en que han aceptado por segunda vez a sus verdugos.

Los verdaderos, los únicos jefes republicanos que viven en España tienen una opinión tan categórica que me temo no dé satisfacción al señor Greach, ni a los que para servir a Franco no cesan de aducir el peligro de una guerra y la defensa del Occidente. Lo que es interesante conocer es opinión de los combatientes clandestinos que es la única que puede indicarnos los límites a que nos debemos atener y que no debemos rebasar. Por ello yo desearía que mi voz fuera más fuerte que lo es para que llegara directamente a los que tienen la misión de definir la política occidental, en función de la realidad, para hacerles llegar sin ambigüedades las declaraciones del Movimiento Clandestino español más poderoso. Esas declaraciones, de cuya autenticidad respondo, son breves. Helas aquí:

"Por las costumbres, la cultura y la civilización, pertenecemos al mundo occidental y estamos contra el mundo oriental. Pero mientras Franco siga en el Poder, haremos todo lo necesario para impedir que ni un solo de los españoles tome las armas para defender el Occidente. Estamos organizados y dispuestos a cumplir lo que decimos".

Esta es una realidad que los realistas del Occidente harán muy bien en meditar. Y no solamente en lo concerniente a España, puesto que el combatiente que se expresa así, y cuya vida está amenazada permanentemente, es el hermano de armas de centenares y miles de europeos que son como él y que están decididos a luchar por sus libertades y por ciertos valores del Occidente. Y saben también que toda lucha supone un mínimo de realismo, pero jamás confundirán el realismo con el cinismo, no estando, por consiguiente, dispuestos a empuñar las armas para defender al Occidente con los moros de Franco y con los admiradores de Hitler.

Sea como sea, hay un límite que no podrá ser rebasado. Durante diez años hemos comido el pan de la derrota y la vergüenza. El día de la liberación, en la cúspide de la más grande esperanza, hemos aprendido que la victoria renunciar a algunas de nuestras ilusiones. ¿A algunas solamente? Sin duda. Después de todo,

no somos unos niños. Pero, sin embargo, no a todas, las ilusiones; no a nuestra fidelidad más esencial. Sobre este límite que trazamos está España, que nos ayuda a ver claro. Ningún combate será justo si se hace, en realidad contra el pueblo español. Y si se hace contra él, se hará contra nosotros. Ninguna Europa, ninguna cultura será libre si se erigen sobre la servidumbre del pueblo español. Y si se erigen sobre esa servidumbre, se hará contra nosotros.

El inteligente realismo de los políticos occidentales llegará finalmente a ganar para su causa cinco aeródromos y tres mil oficiales españoles, pero habrán renunciado definitivamente a conquistar centenares de millares de europeos. Después, esos genios políticos se congratularán en medio de las ruinas. A menos que los realistas entiendan realmente el significado del realismo y comprendan, en fin, que el mejor aliado de la Rusia soviética no es hoy el comunismo español, sino el mismo general Franco y sus apoyos occidentales.

Puede ser que estas advertencias sean, inútiles, pero por el momento luz esperanzadora. Que esas advertencias sean hechas; que un combatiente español haya podido expresarse en el lenguaje que he reproducido, demuestra, al menos, que ninguna derrota será definitiva, mientras el pueblo español, como acaba de demostrarlo, conserve su fuerza combativa. Aunque parezca una paradoja el pueblo español, hambriento, sojuzgado, excluido de la comunidad de naciones es el testimonio viviente y el fiel guardián de nuestra esperanza. En todos los casos es bien diferente de los jefes a que alude el señor Greach. Tan activo, luchador y sufrido que llena de confusión a los teóricos del realismo que han declarado que ese pueblo sólo aspiraba a su tranquilidad. Ante los hechos esos teóricos se han visto obligados a arrojar lastre. Los diarios donde se expresan laboriosamente los que pretenden ser la élite europea, se han apresurado a explicar el fenómeno de las huelgas de tal manera que dejan intactas las fuerzas del régimen franquista. Su último hallazgo ha consistido el de que esas huelgas han sido favorecidas por la burguesía y por el ejército. Pero la realidad incontrovertible es que esas huelgas han sido llevadas a cabo por los que trabajan y sufren. Y si los obispos y patronos españoles se hubieran aprovechado de ellas para expresar su oposición sin comprometerse, aún serían más despreciables por haberse aprovechado de los sufrimientos y de la sangre del pueblo español para expresar lo que son incapaces de hacer personalmente. Pero, como decimos esos movimientos huelguísticos han sido espontáneos y ello garantiza la realidad de las declaraciones de nuestro camarada y fundamenta la única esperanza que alimentamos.

Guardémonos muy bien de creer que la causa republicana vacila. Guardémonos de creer que Europa agoniza. Lo que agoniza del Este al Oeste, son

sus ideologías. Quizá Europa -de la que España es solidaria- es tan miserable a causa de haberse alejado toda ella -y hasta su propio pensamiento revolucionario- de un manantial de vida generosa, de un pensamiento que asocia la justicia y la libertad en una unidad carnal, alejada igualmente de las filosofías burguesas y del socialismo cesarista. Los pueblos de España de Italia y de Francia guardan el secreto de este pensamiento; y los guardarán todavía, para que sirva llegado el momento a un renacimiento. Ese día el 19 de Julio de 1936 será también una de las fechas de la segunda revolución del siglo; fecha, que tiene su raíz en la Commune de París, que camina siempre bajo la apariencia de la derrota, pero que no ha terminado aún de sacudir el mundo y que, para terminar, llevará al hombre más lejos que ha podido llevarle la revolución rusa de 1917. Nutrida por España y, en general, por el genio libertario, ella nos devolverá un día una España y una Europa, y con ellas nuevos alientos para combatir, al fin, a cielo abierto. Al menos esto constituye nuestra esperanza y nuestras razones de luchar.

¡Camaradas españoles! Al decir esto no olvido que, si veinte años significan poca cosa ante la historia, esos veinte que hemos pasado han pesado como un peso terrible sobre muchos de los españoles en el silencio del exilio. Hay algo de lo que no puedo hablar por haberlo repetido demasiado y es el deseo apasionado que tengo de verlos recobrar la única tierra que es a su medida. Esta noche siento la amargura que deben sentir si hablo solamente de luchas y de combates renovados, en lugar de hablar de la justa felicidad a que tienen derecho. Pero todo lo que podemos hacer para justificar tanto sufrimiento y tantos muertos es llevar en nosotros sus esperanzas y tantos muertos es llevar en nosotros sus esperanzas, hacer que esas esperanzas no sean defraudadas y que esos muertos no estén solos.

Estos veinte años implacables han usado a muchos hombres en su tarea y han forjado a otros cuyo destino ha de justificar a los primeros. Tan duro como esto parezca, sólo es así como los pueblos y las civilizaciones se levantan. Después de todo es de ustedes, españoles, es de España, en parte, de donde algunos de nosotros hemos aprendido a mantenernos en pie y a aceptar sin desfallecimiento el pesado deber de la libertad. Para Europa y para nosotros, franceses, a menudo, sin saberlo, han sido y son los maestros de la libertad, nos toca compartirlo con ustedes, sin desfallecimiento y sin compromiso.

Esa es su justificación. Yo he encontrado en la historia, desde que tengo la edad de hombre, a muchos vencedores con rostro odioso. Porque leía en ellos el odio a la soledad. Y es que, cuando no eran vencedores, no eran nada. Para existir les era necesario matar y esclavizar. Pero hay otra raza de hombres que nos ayuda a respirar, que no ha encontrado la existencia y la libertad sino en la libertad y en la

felicidad de todos y que puede, por consiguiente, encontrar, hasta en la derrota, razones de vivir y de amar. Esos hombres, aun derrotados, no estarán nunca solos.

BUENAS LECCIONES

He leído con mucho interés la declaración del general Franco afirmando que Marruecos no estaba maduro para ejercer la democracia. Espero que los amigos marroquíes no encuentren en esa declaración motivos de humillación.

El general Franco resulta muy difícil, yo diría hasta quisquilloso en la aplicación de títulos democráticos. Coloca en alto lugar esa forma de gobierno y la distribuye a no importa quién. La democracia es un "Oscar" y hay que sudar para merecerla. Y eso es tan verdadero que el Caudillo no ha juzgado a su propio país digno de merecerla. Eso quedará para más tarde, cuando el pueblo español habrá realizado todo su aprendizaje de prisiones y de censura.

Lo que Franco niega a España no es sorprendente que se lo niegue a Marruecos. Además, el ejemplo mismo de la España franquista debe demostrar a los marroquíes que no es absolutamente necesario vivir en democracia para ser una nación adulada. Hasta es recomendado, si se quiere tener éxito en el mundillo internacional, presentarse con dos o tres libertades bien estranguladas. Sobre todo la forma práctica de entrar en las Naciones Unidas es arrugando y ensuciando su Carta inmaculada. Para la O. N. U., como para el marqués de Sade, la unión perfecta sólo es posible en la violación.

El general Franco no ha querido, pues, humillar a los marroquíes, sino al contrario, hacerlos partícipes de su experiencia y mostrarles el camino para un avance rápido. Son, en resumen, los consejos que da Vautrin a Rubempré y por eso se comprende que el general estime "prematura" la autonomía concedida a Marruecos por Francia. Esa independencia concedida libres y asestar un golpe mortal a su porvenir.

Por esa razón Franco hace todo para alimentar una guerra de tribus que sin otras razones parecería sin significación en un país que acaba de obtener brillantemente lo que pedía. Los rifeños de la zona española representan para él los

salvadores de una nación amenazada por el cáncer democrático. Gracias a ellos, Franco procurará hacer de Rabat lo que hizo hace veinte años de Madrid: lugar de nacimiento, en que convergen ahora los reyes magos americanos y rusos, del nuevo salvador del látigo.

En el caso en que los militantes marroquíes se obstinaran todavía en sus prejuicios independientes se les demostrará que, después de todo, el gobierno francés -no Francia- da la razón al Franco. Después de haber demostrado el transporte de armas por los puertos españoles y por la permeable frontera del Rif, en el seno de la U. N. E. S. C. O. se va a disertar sobre la libertad de opinión en Madrid, capital de la censura, antes de elevar a Franco al Capitolio de las naciones antes libres.

En todo caso yo espero firmemente que los marroquíes, en lugar de obstinarse en sus sueños, compartidos por todo lo que Francia cuenta de mejor, se dejarán convencer por esas bellas lecciones de eficacia y de realismo. En ese caso pueden aspirar a esa recompensa suprema que constituye hoy el homenaje de gobiernos deshonorados, desunidos en todo y de acuerdo solamente para acelerar la descomposición mundial. Fortalecidos por los consejos del general Franco, alimentados por la sabiduría, reclamarán en primer lugar la independencia del Marruecos español y su incorporación a la nación marroquí. Ese día, ganados también provisionalmente por las lecciones franquistas, los liberales franceses apoyarán las reivindicaciones marroquíes con todas sus fuerzas y toda su indignación.

FIDELIDAD A ESPAÑA

Artículo presentación publicado por Albert Camus en la revista **Temoins**, año 4, número 12 primavera-verano de 1956, Zurich (Suiza), número especial dedicado a España que reunía la colaboración de varios ilustres escritores.

Veinte años después de la guerra de España se han reunido unos hombres para expresar su fidelidad a la República vencida. Ni el tiempo ni el olvido, que son los grandes auxiliares de los reaccionarios de la derecha o de la izquierda, no han logrado borrar esa imagen, intacta en nosotros, de la España libre, aunque

encadenada. La segunda guerra mundial, la ocupación, la Resistencia, la guerra fría, el drama de Argelia y las desgracias actuales de Francia, no han restado nada a ese sordo sufrimiento que sufren los hombres de mi generación a través de su historia jadeante y monótona, después del asesinato de la República española.

LA ESPAÑA EJEMPLAR

Justamente, nuestra historia ha dado comienzo con esta guerra perdida. España ha sido nuestra verdadera maestra. Hemos aprendido en ella, cuando la historia no hacía distinción entre causas justas e injustas y se confiaba a la fuerza o al azar. Ha sido un error el haber reflexionado demasiado en ello o, posiblemente, a la causa de haber sufrido, por lo que los hombres de izquierda han podido buscar sus valores en la historia misma. El culto de la historia no puede ser otra cosa que el culto del hecho consumado y como tal, no puede dejar de ser inmoral. Si lo que triunfa y se sostiene tiene razón, entonces Franco representa el derecho y Hitler estuvo a punto de tener razón para mil años.

Pero para afirmar todo lo contrario aquí se encuentra unos hombres que no han cesado de negar a Franco, que han rechazado las razones de Hitler y que han desmontado a Stalin mucho antes de que sus cómplices soñaran en coger una llave inglesa para hacerlo. Y esos hombres no se inclinarán ante la historia y sólo sabrán elegir el lugar desde el cual, con las armas en la mano, debe defenderse la libertad y, a la vez, defender un destino que debe ser en todo caso superado, pero nunca impuesto. Estos hombres han comprendido su misión y ofrecerán siempre a España algo de lo mucho que le deben.

EL SILENCIO

Rechazar el hecho consumado y al mismo tiempo abordar de frente la realidad es una actitud que no puede hacerse sin consecuencias. Ella nos impide descansar sobre nuestras fidelidades y de aceptar las comodidades de la melancolía. Ella nos prohíbe la evasión y la adoración de la Historia y, al mismo tiempo nos obliga a rechazar implacablemente el compromiso y la aceptación. Nos

fuerza a luchar sin tregua únicamente por el orden que el espíritu y el corazón conciben frente a la historia. Hay que decir, a pesar de todos los escépticos, que se trata de una lección de honor; y que por haber olvidado o despreciado ese honor la revolución del siglo se ha condenado a la abyección.

Hoy, veinte años después del hundimiento, España se mueve y nuestra fidelidad deber ser afirmada sin duda alguna. Pero al mismo tiempo la lucha debe continuar ya que sin ella toda fidelidad resulta un sueño desgraciado. A esos obreros de Navarra y de Vizcaya, a esos estudiantes de Madrid no podemos serles fieles sin prestarles nuestra solidaridad. Ante las protestas, nuestros estudiantes de París y nuestros sindicalistas han quedado silenciosos, faltando a sus deberes más imperiosos. Sin duda alguna están desmoralizados y, sobre ello, España ilustra de una manera privilegiada tal confusión. Cuando Washington y Moscú se ponen de acuerdo para recibir a Franco en el concierto de las naciones llamadas libres, los que reciben las órdenes o han puesto sus esperanzas en esas capitales, es normal que queden desorientados. Pero los que sólo reciben órdenes del espíritu de libertad no tienen ninguna razón para estar desorientados. El mantenimiento de Franco en el Poder, después de tantos años, demuestra el imperdonable fracaso de la política occidental y la posición cínica de la política oriental. En la historia moderna no hay nada más claro que esta traición, nada más escandaloso que esta injusticia.

EL DESPERTAR

Que esta claridad nos ayude al menos a despertar a los durmientes, a reunir a nuestros raros intelectuales libres y a nuestros sindicatos independientes, para decirles a los estudiantes y a los obreros de España que no están solos.

Nada se ha hecho hasta aquí para canalizar y cuajar las esperanzas de los oprimidos de España. La pobreza de las doctrinas que teníamos para proponerles, la traición de los partidos, la política desmoralizante de las naciones, ha hundido al pueblo español un poco más cada día en su soledad y en su noche. Pero la muerte de Ortega y Gasset ha tenido la virtud de recordar a los estudiantes que ese gran filósofo ha situado la libertad, con sus derechos y deberes, en el centro de su pensamiento. Al mismo tiempo la economía franquista reducía a los obreros del Norte a una miseria tal que sólo en la revuelta podían encontrar su dignidad

pérdida. El día que la inteligencia sea fiel a su vocación interviniendo en las luchas por la libertad -ahora que los trabajadores se liberan de su envilecimiento- ese día, el honor y la rebelión harán poner a ese pueblo en marcha. Nuestra fidelidad no se dirigirá entonces al fantasma de una España vencida, sino a la España del futuro que de nosotros depende también sea la España de la libertad.

HOMENAJE A CERVANTES

Discurso pronunciado por Albert Camus en el acto que, bajo su presidencia, se celebró en el anfiteatro Richelieu, en la Sorbona, con el concurso de Madariaga, Cassou, etc., para conmemorar el 350 aniversario de la publicación del Quijote.

En el año 1085, durante las guerras de reconquista, Alfonso VI, rey turbulento que tuvo cinco mujeres, tres de ellas francesas, conquistó a los árabes la mezquita de Toledo. Al tener conocimiento que esa victoria había sido lograda gracias a una traición, hizo devolver la mezquita a sus adversarios y después reconquistó por las armas Toledo y la mezquita. La tradición española está esmaltada de hechos parecidos que no son solamente rasgos de honor, sino, mucho más significativo, testimonio de la locura del honor.

En el otro extremo de la historia española, Unamuno, ante los que deploraban la floja contribución de España a los descubrimientos científicos, tuvo la siguiente respuesta, increíble por su desdén y su humildad. "Corresponde a ellos hacer invenciones". "Ellos" eran las otras naciones. En cuanto a España había hecho su propio descubrimiento, que, sin traicionar a Unamuno, podemos llamar la locura de la inmortalidad.

En esos dos ejemplos, tanto en el del rey guerrero como en el del filósofo trágico, volvemos a encontrar el genio paradójico de España en su estado más puro. Y no resulta sorprendente que en el apogeo de su historia, ese genio paradójico haya sido encarnado en una obra que tiene también un carácter irónico, de una ambigüedad categórica que había de convertirse en el evangelio de España y, por una paradoja suplementaria, en la obra más grande de una Europa intoxicada no obstante por su racionalismo. El renunciamiento altivo y leal a una victoria escamoteada, la negativa testaruda a las realidades del siglo, lo inactual, en fin, erigido en filosofía, encontraron en Don Quijote un ridículo y leal portavoz.

Pero es importante señalar que esas negaciones no son pasivas. Don Quijote se bate y no se resigna jamás. Ingenioso y temible, según el título de una vieja traducción francesa, representa el combate permanente. Esa inactualidad es, no obstante, activa. Se abraza permanentemente al siglo que niega e imprime en el mismo sus huellas indelebles. Una negativa que es lo contrario de una renuncia, un honor que se inclina ante la humildad, una caridad que toma las armas, he ahí lo que Cervantes ha encarnado en su personaje, ridiculizándolo de una manera ambigua a la manera que Moliere con Alcesto que persuade mucho más que un sermón exaltado. Es cierto que Don Quijote fracasa en su siglo y los criados lo mantean. A pesar de ello cuando Sancho gobierna su isla, con el éxito conocido, lo hace recordando los preceptos de su señor. “Enorgullécete, Sancho, de la humildad de tu linaje. Cuando vean que no te avergüenzas nadie te hará sonrojar”. “Cuando las opiniones se equilibren; recurre con preferencia a la misericordia”.

Nadie negará que esas palabras de honor y de misericordia suenan mal en los tiempos que vivimos. Los verdugos de mañana han podido leer la pluma de un poeta de servicio un bonito proceso de Don Quijote considerado como un manual del idealismo reaccionario. En realidad, esta inactualidad no ha cesado de crecer y ya hemos llegado hoy a la cúspide de esa paradoja española: a ese momento en que Don Quijote es arrojado a la cárcel y su España arrojada fuera de España.

Es cierto, todos los españoles pueden atribuirse a Cervantes, pero ninguna tiranía ha podido jamás reivindicar al genio. La tiranía mutila y limita lo que el genio reúne en su compleja variedad. Como materia de paradoja prefiere Bouvard y Pecuchet a Don Quijote que desde hace tres siglos no ha dejado de estar perseguido y exilado entre nosotros. Pero este exilio suyo, representa una patria que nosotros reivindicamos como nuestra.

Celebramos hoy 350 años de incompreensión. Y los celebramos con esta parte de España que a los ojos de potentados y estrategas es inactual. La ironía de la vida y la felicidad de los hombres ha dispuesto que este solemne aniversario se sitúe entre nosotros en pleno espíritu quijotesco, reuniendo en las catacumbas del exilio los verdaderos seguidores de la religión de Don Quijote. Representaba ya un acto de fe un Unamuno que lo llamaba Nuestro Señor Don Quijote patrono de los perseguidos y humillados, perseguido él mismo en el reino de los mercaderes y de los policías. Los que como yo comparten de siempre esta fe, y que no reconocen otra religión que esa, saben de sobra que ella representa una esperanza y una certidumbre. La certidumbre de que llegados a un cierto grado de obstinación la derrota culmina en victoria, la desgracia se ilumina felizmente y lo que parece inactual, mantenido y empujado hasta el límite acaba por hacerse actualidad.

Pero eso exige llegar hasta el final. Es preciso que Don Quijote, como en el sueño del filósofo español, descienda a los infiernos para abrir las puertas y liberar a los últimos desgraciados. Puede ser que ese día en que según las frases desconcertantes de Don Quijote “la pala y la azada se unirán con la caballería andante”, los perseguidos y los exiliados se reunirán al fin y el sueño azorado y febril de la vida transfigurado en una realidad definitiva que Cervantes y su pueblo han inventado y nos han legado para que nosotros la defendamos incansablemente, hasta que la Historia y los hombres se decidan a reconocerla y saludarla.

EL PARTIDO DE LA LIBERTAD

Discurso pronunciado el 30 de octubre de 1956 en el acto de homenaje a don Salvador de Madariaga, en el setenta aniversario de su nacimiento, organizado por el Gobierno Republicano español.

En el umbral del homenaje que ofrecemos hoy a un hombre que todos amamos y admiramos quería expresar una fórmula que encontrará su resonancia con toda seguridad, en muchos de los aquí reunidos y que resume muy noblemente el destino y la vocación de nuestro amigo Salvador de Madariaga. Esta fórmula la proponía Nietzsche hace ya ochenta años a todo espíritu libre: “Elegirás el exilio para poder proclamar la verdad”. Indudablemente no es seguro que se elija siempre el exilio. Pero con toda seguridad se prefiere quedar en él y para tomar tan duro partido se necesita nada menos que estar poseídos por el amor a la verdad y a la libertad.

En todo caso nada sabrá definir mejor a Salvador de Madariaga que esta doble pasión, con la sola condición de agregar inmediatamente que ha sabido vivirla e ilustrarla sin contorsiones espectaculares, con esa fineza y ese humor que amamos tanto en él y que en ciertos seres superiores son actitudes de decencia, aunque por decente que sea su pasión por la verdad no es menos indomable y este luchador cortes, sabemos que es un altivo combatiente. Esto no quiere decir -y Salvador de Madariaga no lo pretende- que su obra sea una verdad completa. Pero en la misma encontramos un esfuerzo estimable hacia la verdad, el paso prudente y audaz al mismo tiempo del espíritu que se niega a satisfacerse de palabras, que denuncia todas las comodidades intelectuales y no quiere rendirse más que a la

evidencia. El autor de tantos libros percutantes y sagaces, cuando nos propone una idea o una solución podemos estar seguros que no ha podido la receta a un partido o a una iglesia.

Como tantos grandes espíritus españoles y contrariamente a la opinión muy extendida –habiendo declarado un imbécil cierto día que no existía una filosofía española, aparecieron inmediatamente cien hombres inteligentes para repetirlo- Madariaga es uno de los raros contemporáneos que pueden ostentar el título de filósofo con toda legitimidad. A pesar de su cultura enciclopédica no cree, como nuestros pensadores oficiales, que la filosofía consiste en enseñar su historia. Sabe que ella consiste en el ejercicio del pensamiento para buscar al mismo tiempo que los secretos del mundo, las reglas de una conducta, es ensayar de vivir, en una palabra, lo que se piensa al mismo tiempo que se procura interpretar correctamente su vida y su tiempo. De ahí que ese investigador de la verdad sea también uno de esos raros testigos de la verdad. Lo que cree está dispuesto a defenderlo y si para la mitad de su vida en un sosegado y estudioso retiro reflexionando sobre el hombre de nuestro tiempo, consagra la otra mitad a servirlo. Yo habré resumido mi pensamiento al decir que no es a un hombre de Letras al que rendimos este homenaje, sino a un gentilhombre de Letras.

No obstante, yo querría convencer a nuestro amigo y decirle que ni intención no es de confundirlo bajo una lluvia de elogios académicos. Mi propósito es menos solemne y, estar seguros, tal vez un poco más grave. Se ha festejado ya, y hasta con música, su setenta aniversario, y se ha rendido a su obra el homenaje que merecía. Permite por un momento que un cuadragenario, con todo el respeto y la deferencia que te tiene, te diga por qué te considera como su camarada de lucha.

Tengo la seguridad de que esta afirmación no te extrañará. Si te sorprendiera, te rogaría que consideraras en el estado actual de nuestra sociedad intelectual, a esos maestros del pensamiento que hacen gala por todas partes del alimento averiado que ofrecen a nuestro apetito de verdad y de dignidad. De esa forma medirá usted mejor en la suerte de soledad en que viviríamos ciertos de nosotros en busca de grandes lecciones, si un puñado de hombres como usted no mantuviera obstinadamente, por encima de las fronteras, los derechos, los deberes y el honor de la moral y del espíritu.

Pues hay que confesarlo, nosotros no podemos enorgullecernos con grandes ejemplos de conductas. No quiero siquiera referirme al debilitamiento general del carácter y de la inteligencia entre los que tenían la misión de gobernarlos y de representarnos. Limitándome sólo al dominio del pensamiento

diré que los hombres de mi generación, nacidos a la vida histórica durante el asalto de Hitler al poder y a los procesos de Moscú, han podido ver en primer lugar a los filósofos de derecha, por odio a una parte de la nación, justificar la servidumbre de toda esta nación por un ejército y una policía extranjera. Fue preciso que la inteligencia tomara las armas para corregir tan lamentable terror.

Apenas habíamos restablecido la paz y el honor cuando una nueva conspiración, todavía más dolorosa para nosotros, se establecía contra la inteligencia y sus libertades. Y hemos visto, seguimos viendo todavía pensadores de izquierda, por odio a otra parte de la nación, justificar la supresión de conquistas obreras y el derecho de huelga, el régimen concentracionario, la abolición de todas las libertades de pensamiento y de expresión y hasta el antisemitismo, con la sola condición de que sea profesado y ejercido bajo etiquetas humanistas. Un frío delirio de automortificación ha convertido, a diez años de intervalo, a nuestros teóricos de la nación o de la libertad, en servidores apasionados de las peores tiranías que se han extendido por el mundo; en una palabra, en los adoradores del hecho consumado. Muchos de nuestros intelectuales y de nuestros artistas, ganados por ese delirio, han terminado por parecerse a aquellas hijas que ante la posada de Peirebeilhe cantaban desafortadamente para ahogar los gritos de los viajeros degollados den el interior por sus virtuosos padres. En nombre de la historia y de su realismo se ha desarrollado un prodigioso complot contra el espíritu y la libertad durante tantos años en el curso de las cuales hemos tenido que luchar y avanzar palmo a palmo.

En esta lucha interminable, que no ha cesado todavía, ¿en quién podríamos apoyarnos en pensamiento y en acción, sino en hombres como usted? Con su ejemplo y con sus escritores nos han ayudado a comprender el por qué las posiciones cínicas y realistas tienen un prestigio decisivo que permiten decidir y despreciar, mientras que otras actitudes como la suya se esfuerzan por comprender y suponen un esfuerzo constante sobre uno mismo. De ahí su prestigio sobre ciertos intelectuales, amigos del menor esfuerzo. La inteligencia sin carácter es, en definitiva, mucho peor que la muy ingenua imbecilidad. Falta de una firme voluntad se entrega voluntariamente a una doctrina implacable y de esta forma hemos visto aparecer esta especie tan particular a nuestro tiempo: el intelectual duro dispuesto a justificar todos los terrorismos en nombre del más puro realismo.

Ante esa actitud y esos bellos discursos hemos podido aprender de usted la paciencia y la firmeza. El cristal también es duro, sólo el diamante lo raya y al primer choque he aquí que vuela en pedazos. Se trata solamente de saber esperar y resistir, sonriendo si es posible, para ser fieles a su lección. En resumen, usted nos

ha salvado de la desesperación en la inteligencia de este tiempo, mostrándonos, con la fuerza que da el ejemplo, que al intelectual duro puede aponérsele el intelectual firme.

Cuando leemos en nuestras revistas especializadas, bellas apologías del odio, basadas en la delación del contrario, aunque sea dulce y confiado, nosotros, gracias a usted, no nos sentimos dulces y confiados y podemos responder que lo contrario del odio no es el idealismo tímido, sino la justicia generosa. Se trata a continuación de saber esperar, dejando a nuestros adversarios gritar que no existe justicia eficaz sin algo de odio. La historia, su famosa historia, está ahí para enseñarles en uno u otro momento que la justicia se pierde en el odio como el río en el océano. Los moscardones de campanas históricas que pululan hoy no pueden modificar la marcha de la historia; zumban, murmuran, mienten, gritan que el pueblo es feliz con su servidumbre, hasta que un día verdaderamente ese día, una capital se cubre de revolucionarios que mueren y vencen bajo la sola bandera de la libertad.

Sí, mi querido amigo, los hombres como usted nos han salvado de la desesperación y, cuando he sido invitado para dirigirme a usted hoy, he pensado que esto sería lo primero que le diría. Los que se sienten destinados en primer lugar para admirar y para amar y que, en el desierto del mundo contemporáneo están amenazados de perecer de hambre y de sed, tienen una deuda de reconocimiento hacia todos los que, en estos tiempos deshonorosos, les ofrecen una imagen digna y elevada del hombre y del intelectual. Quiero expresarle ese reconocimiento con toda mi afición gracias a usted y algunos otros pocos, los francotiradores como nosotros tenemos un partido. ¿Qué partido? Pues bien, ¡el partido de los hombres que los duros y los totalitarios insultan al mismo tiempo que vienen a solicitarnos una firma para salvar la vida de sus militantes! A esta definición reconocerá que me he referido a los liberales.

Pero usted ha dado y en eso estriba su originalidad, un contenido a esa noción del liberalismo que agonizaba víctima de las calumnias de sus adversarios y las bajezas de sus partidarios. Usted ha sabido expresar que la libertad no consiste en prosperar y explotar, sino en la carga del deber cívico. Usted se ha negado a elegir ninguno de los conformismos del día y ha sabido trazar los límites fuera de los cuales todos los conceptos actuales pierden su sentido. Se le ha escuchado incansablemente repetir que la libertad carecería de sentido sin la autoridad, pero que la autoridad sin la libertad no es más que un sueño de tiranos, que los privilegios de la fortuna son reaceptables, pero que no puede haber sociedad sin jerarquía y que la igualdad absoluta es lo contrario de la verdadera

justicia; que el poder sólo es legítimo por el asentimiento popular; pero que el sufragio popular directo es un fermento de desorden o de tiranía que los nacionalismos son la plaga del tiempo, porque la sociedad internacional no podía prescindir de las naciones ya que éstas para sobrepasarse han de existir necesariamente antes.

Un pensamiento tan atento, tan vigilante, tan lleno de veracidad, ilustrado con el ejemplo de su vida hacen de usted el digno heredero de esa gran tradición española que sigue viva todavía más allá de los pirineos. También se ha ocupado usted de la historia, pero ha sabido ver en ella, según la magnífica fórmula de Ortega: “Una guerra ilustre contra la muerte” y en consecuencia el lugar privilegiado en que el hombre libra un combate a muerte contra las fuerzas de la noche, por la vida y la libertad.

Ese es el secreto de su fuerza y de su juventud. Liberado de partidismos. Por no citar más que un ejemplo, yo sé, aunque usted no lo haya manifestado, cuán grande es hoy su emoción ante la heroica e impresionante insurrección de los obreros y estudiantes de Hungría. Como sé también que debe haber sonreído al conocer la noticia de que el general Franco protestaba -en recuerdo sin duda Guernica- contra el llamamiento a un ejército extranjero para aplastar a ese pueblo en armas. Usted ha debido reír, como yo, con el desprecio consiguiente. Nosotros somos solidarios, totalmente, del pueblo húngaro sublevado contra sus dominadores extranjeros, pero lo somos también, totalmente, del pueblo español, oprimido él también, en la espera de una liberación que las naciones desunidas le han robado.

Hace poco tiempo escribía usted con alguna amargura sobre el declive de la indignación. Es cierto que la indignación declina y, mucho peor, se organiza la hora fija y la dirección única. Y protestando se han convertido en hemipléjicos. Eligen entre las víctimas y decretan que las unas son enternedoras y las otras son obscenas. Usted denuncia con su acostumbrada clarividencia uno de los males que sufrimos. Y puede agregar: “Estamos reducidos a buscar nuestra esperanza en nuestra propia desesperación. La humanidad ha caído tan bajo que no le queda otro camino que la ascensión”. Pero al expresar esto, en uno de esos instantes de desfallecimiento que todos conocemos, usted ha olvidado sus propias lecciones: ha olvidado que la lucha tenaz que usted y otros semejantes han realizado comienza a dar sus frutos. Permita, para concluir, que uno de sus lectores se lo recuerde: no puede existir tregua -según usted- en el combate del hombre por la luz y la libertad. La historia no se estabiliza ni en la felicidad de los pueblos ni en su desgracia. Hoy que pensamos haber alcanzado los límites de la desgracia, el

espíritu se despierta, la humanidad se eleva en efecto, la libertad ilumina de nuevo con sus resplandores a pueblos ahora prisioneros.

La Europa que se construye hoy a costa de tanta sangre inocente habrá de ser pagada a un precio terrible y nosotros, para quienes cada vida humana resulta irremplazable, no podremos saludar su renacimiento con exclamaciones de alegría. Pero renacerá y, la saludaremos gravemente; renacerá al Este y al Oeste, en Madrid y en Budapest; y tendrá su rostro y reconocerá sus verdaderos maestros, ya que ha empezado a renegar de sus falsos profetas. Ella será, al fin, la gran maestra de libertad y de ----- que usted había soñado.

“La tierra sigue rodando” ha dicho el ministro de Negocios extranjeros Chepilov después de haber dado cuenta de la salvaje intervención de tropas rusas - ----- la tierra sigue rodando, en efecto, y con ella la mentira, tanto tiempo triunfante, declina; la verdad que estaba entre tinieblas comienza a iluminarse. Mundos artificiales, contruidos con la sangre y el terror se derrumban ante la confusión y el silencio de los que cantaban sus virtudes. La libertad, cuya vanidad nos había sido anunciada con la necesidad de su desaparición, dispersa en un día los miles de doctos, volúmenes y los ejércitos bajo los cuales yacía enterrada. Y se pone en marcha de nuevo. Y millones de hombres saben, de nuevo, que es la sola levadura de la historia, la sola razón de la existencia y el solo alimento que no sacia jamás.

Si esa esperanza renace hoy, si la dignidad de la existencia nos vuelve es gracias a hombres como usted, como a muchos de los que están aquí reunidos. Lo debemos a todos los que, con toda simplicidad, sin miedo y sin odio, han resistido. Por esto, para terminar, no le deseo ese reposo que otros estimarían bien merecido. Tenemos aún mucha necesidad de su concurso para continuar lo que hemos comenzado. Por esto le deseo una lucha perpetua y ruda por el triunfo de la verdad y de la libertad que usted y nosotros colocamos por encima de todo.

Agregaré solamente a ese deseo poco confortable la expresión personal de una gratitud y de una amistad sin fisuras. ¿Cómo olvidar jamás que en medio de traiciones ha permanecido usted fiel a nuestras comunes razones de vivir? Y por qué resistir a la tentación de decirle todo esta noche, lo que Tour----- moribundo le escribía a Tolstoi: “Me siento feliz de haber sido su contemporáneo”. Aunque, después de todo, hemos sido más que contemporáneos -hay muchos contemporáneos de los que no nos sentimos orgullosos-, hemos sido partícipes de sus angustias y de sus esperanzas, nuestras derrotas han sido las suyas, como la liberación que todos esperamos la deberemos a ejemplos como el suyo que

persevera y es la salvación de nuestra común dignidad.

LA REPÚBLICA ESPAÑOLA Y ALBERT CAMUS

Como reconocimiento y homenaje a la obra intensa y emotiva realizada por Albert Camus a favor de la liberación del pueblo español, el Gobierno de la República Española en el exilio le ofreció la encomienda de la Orden de la Liberación. El acto de imposición de las insignias se celebró el 2 de febrero de 1949 en el despacho del Jefe de Gobierno. Fue una ceremonia íntima a la que asistieron, entre otras personalidades, el Jefe del Gobierno, el Presidente de la República y el Gobierno en Pleno. Entre las personalidades francesas que asistieron al acto figuraban el Rector de la Universidad de París, Mr. Sarrailh y los profesores Paul Rivet y Albert Bayet.

Después de prestar juramento el Sr. Camus, el Ministro de Justicia y Gran Canciller de la Orden, don Fernando Valera pronunció el siguiente discurso.

En nombre del señor Presidente de la República Española gran Maestro de la Orden de la Liberación, debo hacer un breve saludo al señor Albert Camus: muy breve, a fin de que esta ceremonia guarde su carácter íntimo y cordial.

Yo sé que así se complacen los sentí-----.

Tampoco de condecoraciones. ----- demás. No llama a la vanidad, sino al espíritu de sacrificio. Esta cruz -como la cruz del Cristo sangrante-, es más bien el símbolo de un drama de dimensiones universales.

Para el que la ofrece, es la afirmación de una voluntad y de una esperanza inmortales de conquistar y de merecer la libertad, la patria y la República, para los que la aceptan representa la manifestación de una solidaridad con el dolor y la gloria de un gran pueblo, víctima y campeón a la vez de esta tragedia inaudita; inaudita por el sufrimiento heroico de España y por la inmensa injusticia de la humanidad.

Cuando ustedes los *hombres humanos* de todas las patrias, de todas las creencias, de todas las razas y de todos los rincones del planeta, aceptan esta condecoración que se les ofrece por un Gobierno sin poder material, sin riqueza y sin territorio, ello significa a los ojos de la España dolorida, que existe aún una esperanza de Libertad, esta fuerza creadora del alma, fuente inagotable de

juventud, de renacimiento y de eternidad que hay aún esperanza de *Patria*, puesto que los hombres que han recuperado la suya nos acompañarán y nos ayudarán hasta que sea reconquistada la nuestra. Que aun hay esperanza de *República*, ya que los mejores espíritus de nuestro tiempo: “¡Nosotros contamos con ellos, Mr. Albert Camus!

----- confianza y a la amistad con que nos han honrado y triunfaremos, estamos seguros, contra la “peste totalitaria” que en España, como en todas partes, “ha vestido a los hombres con uniforme” y les ha provisto de un “certificado de existencia”, dejándoles vacíos de su humanidad; triunfaremos porque somos orgullosos en tanto que españoles y el orgullo -usted lo ha dicho-, es la única arma contra la cual la tiranía es impotente; triunfaremos porque después de haber sufrido tanto y de haber tan encarnizadamente combatido, todavía podemos decir, como el Diego de su *Estado de Sitio*: “Ni odio ni miedo, esa es nuestra victoria”.

En nombre del pueblo español, en nombre del señor Presidente de la República y de su Gobierno, gracias señor Camus, por lo que ha hecho para ayudar a la liberación de España”.

Albert Camus, con una gran simplicidad y -----, dio las gracias al Gobierno de la República ----- clamando su solidaridad espiritual con la causa española. “*Nada hice -declaró- que justifique el galardón con que me honran. Cumplí con mi deber y en esta conducta persistiré siempre*”.

Terminó expresando su fe en el triunfo de la verdad y de la justicia que el pueblo español defiende.